



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

COLEGIO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

EL AMERICANISMO Y EL NACIONALISMO EN AMERICA LATINA. LA VISION NACIONALISTA CONTINENTAL DE FRANCISCO GARCIA CALDERON.



T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADA EN ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS
P R E S E N T A

ANA MARIA RUANO GARCIA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS



DIRECTOR DE TESIS

Dr. Alexander Betancourt Mendieta



Ciudad Universitaria

COORDINACION DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

2004



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

ESTA TESIS NO SALE
DE LA BIBLIOTECA

INDICE

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción	i
I. <i>Francisco García Calderón. Un hombre entre continentes</i>	
1.1. Nacimiento y formación de un americano	1
1.2. Presencia de Europa	15
1.3. Presencia de América Latina.....	24
II. <i>El americanismo y el nacionalismo en América Latina</i>	
2.1 Surgimiento y propuesta del americanismo y el nacionalismo en América Latina	40
2.2 Coexistencia y contrastes en el proceso de ambos fenómenos	54
III. <i>Visión nacionalista continental de Francisco García Calderón</i>	
3.1 Propuesta integradora en América Latina	66
<i>Conclusiones</i>	87
<i>Bibliografía</i>	94

Autorizo a la Dirección General de Bibliotecas de la UNAM a difundir en formato electrónico e impreso el contenido de mi trabajo recepcional.

NOMBRE:

Ayala / María
Ruano / García

FECHA:

Mayo - 27 - 2009

FIRMA:

Porque si confío en Ti todo es para siempre ...

DEDICATORIA

A mi mamá

Por tu amor infinito y esa maravillosa forma de guiarme por este camino que a las dos nos destinaron compartir, por tu cariño maternal sin precedentes y la tierna sabiduría que tus sentimientos y tus actos me ofrendan día a día.

Ante todo Mariana, porque Dios eligió tu templo divino y tu hermoso espíritu para acunar mi alma y mi vida. Gracias por obsequiarme las estrellas más bellas de tu universo.

AGRADECIMIENTOS

La realización del presente proyecto de investigación fue posible gracias a la Beca para elaboración de Tesis que me otorgó PAPIIT (Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica) a través del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Dicho subsidio me permitió participar durante el año 2003 en el Seminario “*La historia en la ficción y la ficción en la historia*” con número en PAPIIT 403102-3. Quiero expresar mi gratitud a la Mtra. Françoise Perus, responsable del proyecto, por contribuir al enriquecimiento de mi percepción sobre la historia y la literatura de América Latina.

Mi más profundo agradecimiento a mis maestros, Dr. Gustavo Vargas Martínez y Dr. Ignacio Sosa por sus acertados comentarios a mi Tesis. Dr. Alexander Betancourt, gracias por hacerme copartícipe de su proyecto y guiarme en esta investigación sumamente maravillosa e interesante para mí. Especialmente agradecer a ustedes su invaluable adoctrinamiento así como el amor y la dedicación que siempre profesan por desentrañar la historia del continente americano. Gracias por el tiempo para las correcciones y sugerencias a este escrito del Dr. Miguel Ángel Sobrino y el Dr. Ricardo Melgar.

Quiero expresar mi amor a mis hermanos Herminio y Ari. A ti Bambino por enseñarme que la vida es un eterno presente y que no hay nada más entrañable que la fuerza de la sangre. Ari, eres el Benjamín de nuestra familia y, sin embargo, tomas el timón del barco exento de temor alguno. Has compartido conmigo momentos hermosos de gran complicidad, sólo recuerda que siempre estaremos *al lado del camino*.

A mi papá, por inculcarme el amor a los libros y a la Universidad. A mi familia de sangre, gracias a cada uno de ustedes por formar un vínculo de amor que no tiene fin: los que se fueron no los olvidamos, los que vendrán esperan por ahora y los que estamos seguiremos juntos, como siempre.

A mi familia de espíritu, por estar siempre a mi lado en cualquier circunstancia. Yive, gracias por tu amistad inmersa siempre en risas a pesar de todo. Ana, nunca olvidaré tu cariño, tu apoyo y consejos para terminar este trabajo. Vero, Rosa, Juan y Roberto, por ser mis amigos universitarios y porque siempre llevaremos la camiseta bien puesta. A Ceci y Monse, por su incalculable amor a mis hermanos. Mención especial para Daniel, eterno amigo que demuestra su afecto sin condición alguna.

A mis colegas musicales. Gracias Eloísa porque para ti la prioridad somos todos y por no conocer la palabra egoísmo. Eli, por tu apoyo justo cuando es el momento. Ulises, mi gran amigo del alma y cómplice de tantas cosas. A cada uno de los chicos de Zoom por no dejar que la historia termine y a todos los que integran Ruido Blanco: Rafa, Luis, Gabriel, David, Evelyn, Daniel, Babi...

Afortunadamente no son pocas las personas a las que debo mi eterna gratitud. Pero hay un ser sumamente especial en mi vida y sería injusto omitir su nombre. Gracias a Toto por su amor y compañía.

INTRODUCCIÓN

En los albores del siglo XX, surgió en América Latina una nueva ola de reflexión sobre cuestiones económicas, sociopolíticas y culturales que acontecían en estas regiones. La inquisitiva voluntad de los hombres de letras latinoamericanos por crear la “nacionalidad continental” se manifestó de diversas formas; escritores provenientes de diferentes regiones del continente americano manifestaban su posición ante esta nueva etapa del pensamiento llamada “la corriente americanista”. Las opiniones y propuestas de estos pensadores surgían continuamente. Existía un agente latente que exacerbaba ávidamente su inquietud: Estados Unidos. En efecto, con una historia relativamente reciente, este país se disponía a desempeñar un papel hegemónico en el mundo.

La supremacía de la incipiente nación no se hizo esperar en América Latina quien, después de haber afrontado cruentas luchas con la metrópoli española para lograr su autonomía, en el siglo XIX tuvo que enfrentar otro tipo de invasión: el llamado imperialismo yanqui. Paralelamente a esta incursión de Estados Unidos, en América Latina fue creciendo un sentimiento de reafirmación americanista que menospreciaba aquello que atentara contra la soberanía de las mismas. Prueba de ello fue la reivindicación del pensamiento de los grandes libertadores americanistas como Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O’Higgins, entre otros y recordar el Congreso de Panamá en 1826 como primer intento de vincular a los países latinoamericanos.

Pero en este ambiente unionista se encontraba otro elemento que también personificaba la cohesión continental: el panamericanismo. Convocada por el gobierno norteamericano, la primera Conferencia Panamericana se llevó a cabo en Washington en el año de 1889. Tal evento demostraba que Estados Unidos comenzaba a edificar sólidas relaciones diplomáticas con los gobiernos de América Latina para establecer sus propias leyes de geopolítica y derecho internacional.

Algunos círculos políticos confiaron en el cometido de estas conferencias pensando que la intromisión norteamericana al sur del continente era una falacia. Sin embargo, pensadores de renombre como Manuel Ugarte, José Enrique Rodó, Rufino Blanco Fombona y Francisco García Calderón por mencionar sólo algunos, criticaron fuertemente la iniciativa del país norteamericano. De hecho, el libro escrito por José Enrique Rodó, *Ariel* (1900) fue concebido en esta turbulencia de ideas y la aparición del mismo, once años después de la primera Conferencia Panamericana, fue una respuesta crítica a esta nueva política estadounidense. La premisa principal de *Ariel* era demostrar que América Latina tenía estructura esencial distinta a la de Estados Unidos.

Ante tal situación era indudable, sobretudo a finales del siglo XIX, que entre más crecía la presencia de Estados Unidos en los países latinoamericanos también se reafirmaba un sentimiento de integración por parte de los mismos. La disputa de poderes no implicaba solamente un problema de autonomía vista por las sociedades latinoamericanas, ésta tomó un giro excepcional: sería analizada como un conflicto racial entre anglosajones y latinos.

El punto esencial del problema era defender la “latinidad” frente al vecino país del norte. Este antagonismo racial estaba acentuado desde el siglo XVIII en el continente americano donde se establecían niveles jerárquicos entre las razas y se consagraba la superioridad del hombre blanco frente a sus congéneres de piel más oscura. De tal forma que para el último cuarto del siglo XIX era ya un mecanismo habitual entre los hombres de letras latinoamericanos utilizar categorías raciales para explicar los fracasos propios y los éxitos ajenos, evaluar las diferencias entre las “dos Américas” y hacer conjeturas sobre sus respectivos destinos.

La necesidad de fortalecer la unión entre los países latinoamericanos era fortificar una entidad colectiva. Tal apreciación había surgido desde la época de la Independencia, donde se hablaba de ampliar la patria hasta hacerla americana. Este pensamiento americanista derivó en un incipiente “nacionalismo continental”, entendido como una creciente unión que se basaba en un pasado compartido y una historia futura en común.

Asimismo, la problemática del nacionalismo continental estaba íntimamente relacionada con el nacionalismo cultural. En efecto, para algunos pensadores con diferente enfoque de la realidad social en la América Latina de principios del siglo XX como Ricardo Rojas o Manuel Gálvez, el nacionalismo no se implementaba simplemente con una serie de medidas políticas que fortificaran a las recientes naciones. El punto fundamental era crear una comunidad étnico-cultural que identificara a los miembros de la sociedad no sólo por el lenguaje o la religión, sino que era necesario crear una identidad colectiva, una concepción del *ser nacional*. Así, el nacionalismo cultural fortificó y legitimó, en gran medida, la estructura de la entonces floreciente identidad nacional. Claro está, con sus divergencias en cuanto

los procesos propios de cada región, como por ejemplo, el rasgo distintivo de la inmigración en Argentina o el elemento indígena en México.

En el ámbito intelectual latinoamericano estos acontecimientos produjeron un amplio campo de ideas que afloró incesantemente en este periodo. Desde diversas perspectivas, algunas alentadoras y otras tantas pesimistas, algunos escritores como Manuel Ugarte, Carlos Octavio Bunge, Alcides Arguedas, el ya citado José Enrique Rodó entre otros, mostraban a través de sus obras la situación acontecida en América Latina.

En el caso del Perú se puede ubicar esta tendencia a partir de un grupo denominado la “Generación del 900” o también conocido como “Los arielistas”, el cual estaba representado por Víctor Andrés Belaúnde, Julio C. Tello, José de la Riva Agüero, Pedro Zulen y Francisco García Calderón. Más adelante la interpretación de la realidad nacional peruana continuaría su camino a través de los escritos de José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre.

Ellos se dedicaron a analizar los problemas históricos y sociales del Perú redimiendo y revalorando fases del país andino no siempre conocidas ni comprendidas. El aporte o el mensaje de la “generación del 900” no ha sido investigado profundamente, tal es el caso de Francisco García Calderón. A través de su propuesta integracionista, derivada de una nutrida revisión histórica y de soluciones alternas para concretar la unidad continental, se vislumbra desde una perspectiva diferente el periodo histórico latinoamericano que comprende el último cuarto del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX.

Abordar como proyecto de investigación este período en la historia de América Latina a través de la apreciación de Francisco García Calderón surgió, principalmente, por dos motivos. El primero de ellos se debió a que pude comprobar la casi nula difusión bibliográfica de la obra de este pensador peruano y, el segundo, porque existen investigaciones que abordan el tema del nacionalismo más no del americanismo. Menos aún, no encontré un proyecto de estudio que abordara ambas categorías. Ese es el principal interés del presente estudio: aportar un acercamiento en la obra de este escritor peruano a partir del americanismo y el nacionalismo, temas que, por añadidura, no son fáciles de afrontar.

Hay algunos trabajos que demuestran gran interés para que los escritos del escritor peruano no queden en el olvido. Prueba de ello es la iniciativa de algunos escritores latinoamericanos por dar a conocer y preservar su obra. Los aportes de dichos estudios son un preámbulo para comprender la importancia de su doctrina en el ámbito de las ideas americanistas y enunciar un criterio sobre las mismas.

Estos escritores han abordado la obra de este escritor desde diferentes perspectivas. Por ejemplo, el ecuatoriano Benjamín Carrión con el sugestivo título de su libro *Los creadores de la nueva América* (1928) muestra, a través de un sentimiento poético, la importancia del ideario americanista existente en Manuel Ugarte, Alcides Arguedas, José Vasconcelos y Francisco García Calderón; nombra a este último como el “hombre que maneja continentes”, ya que para Benjamín Carrión existía en él la gran capacidad de explicar los fenómenos históricos que marcaban en ese momento a Europa así como a Latinoamérica.

En efecto, era característico de Francisco García Calderón emitir sus reflexiones sobre cualquier tema relevante de su tiempo. Prueba de ello el papel esencial que tuvo en las ideas filosóficas del Perú contemporáneo, así lo establece Augusto Salazar Bondy. En su obra titulada *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo* (1965), menciona que al escritor peruano se le ha tomado en cuenta por su trabajo individual influido por escuelas y autores filosóficos de gran relevancia. La obra de Augusto Salazar Bondy no es una exposición de historia de la filosofía, sino de historia de las ideas. Por lo tanto, se le ha concedido importancia a figuras y obras que, vistas desde los parámetros de la historia de la filosofía en Europa, no poseen valor específico suficiente. Pero su importancia radica en que en ellos se encuentran elementos representativos de la acción de ideas filosóficas en el Perú, no la de aportes de experimentada singularidad o de mérito científico.

Augusto Salazar Bondy brinda un panorama general de la influencia filosófica en la cual se gestaron algunos escritos del intelectual peruano. Tal es el caso del filósofo y coterráneo suyo Alejandro Deústua y la consecuente influencia del spencerismo, lo anterior fue en un primer momento y la obra que lo representa es *De Litteris* (1904). Pero a Calderón lo cautivaba el idealismo, fue entonces cuando su pensamiento compaginó con la doctrina del filósofo francés Boutroux y el vitalismo bergsonian. Prueba de ello es su estudio titulado *Ideas e impresiones* (1919).

Augusto Salazar Bondy enfatiza que para García Calderón era importante tanto el pensamiento como la acción. Rechazaba la filosofía pura porque esta quedaba sólo en la contemplación. Lo mejor de su pensamiento filosófico, continúa, se encuentra en sus reflexiones sobre la existencia moral y en las interpretaciones generadas por las ideas de su tiempo así como su particular crítica filosófica, elementos que concibieron su peculiar explicación de la realidad peruana. Lo

anterior, menciona Augusto Salazar Bondy, se encuentra en sus obras tituladas *Hombres e ideas de nuestro tiempo* (1907) y *Profesores del idealismo* (1909).

Una importante biografía de Francisco García Calderón se encuentra en el prólogo escrito por Jorge Basadre a la antología del escritor peruano denominada *En torno al Perú y América* (1954). En efecto, la contribución de Jorge Basadre en este escrito titulado “Realce e infortunio de Francisco García Calderón” es incitar al lector a no olvidar la vida y obra del escritor peruano y lo logra del modo más sencillo: describiendo, con una gran dosis afectiva y de reconocimiento indiscutible, la presencia del pensador sudamericano.

Este artículo denota la cúspide de su existencia y de su obra así como el declive de las mismas. Argumentos como la incompreensión por parte de un gran sector del ámbito intelectual peruano sobre su partida hacia Francia o los defectos y limitaciones que se le atribuyen, no implican una restricción hacia su capacidad de conocer objetivamente las cuestiones más relevantes de su tiempo, de intimar en la naturaleza de la sociedad y de sus hombres más representativos tanto de Europa como de América Latina.

En la obra de Federico García Godoy titulada *Americanismo literario: José Martí, José Enrique Rodó, Francisco García Calderón, Rufino Fombona Blanco* (s/f), se observa cómo nuestras sociedades se encontraban en las dos primeras décadas del siglo XX, en una ebullición ideológica apta para un amplio desenvolvimiento intelectual en donde se vislumbraba la presencia del americanismo. A pesar de su ausencia, Francisco García Calderón fue partícipe de este movimiento. Para Federico García Godoy el americanismo literario representa una especie de acercamiento que

puede proporcionar una necesaria unidad intelectual y artística a la vida cultural de Hispanoamérica.

Mi investigación aborda la obra de Francisco García Calderón desde otra perspectiva a las citadas anteriormente. Difiere de las demás porque esta exposición no parte de un punto específico como podría ser el literario o el filosófico. Señalo el contexto histórico en el cual transcurrió su vida, doy a conocer dos de sus escritos más importantes, *Las democracias latinas de América* (1912) y *La creación de un continente* (1913) y presento una reseña de *La Revista de América*.

El objetivo de este trabajo es manifestar la importancia y trascendencia de la obra de Francisco García Calderón en el pensamiento del continente americano. Asimismo, pretendo lograr vincular y demostrar la simultaneidad y las diferencias entre el americanismo y el nacionalismo en América Latina a comienzos del siglo XX y de qué forma ambas categorías fueron abordadas por el pensador peruano.

Es importante señalar que mi proyecto de investigación sólo abarca las dos primeras etapas del período intelectual de este escritor (1909-1919), a saber: la época de la primera preguerra. Aquí se gestan cuatro libros llamados de “difusión cultural general” (*De Litteris*, el *Homenaje a Menéndez Pidal*, *Hombres e ideas de nuestro tiempo* y *Profesores del idealismo*), un libro dedicado al Perú (*Le Pérou contemporaine*) y los ya citados anteriormente *Las democracias latinas de América* y *La creación de un continente*. Sólo los dos últimos libros serán relevantes para esta investigación. La segunda etapa corresponde a la época de la Primera Guerra Mundial y de la primera posguerra. Interesa en este período el libro *Ideas e impresiones* el cual es una compilación de escritos dispersos en revistas y artículos que ya se habían publicado anteriormente en otros textos del autor; el artículo *El panamericanismo. Su pasado y su porvenir* es

retomado aquí debido a su relevancia política. El ciclo final del escritor peruano corresponde, principalmente, a una serie de artículos publicados en periódicos de América Latina, pero no corresponden al objetivo que pretendo alcanzar en mi tesis.

A partir de lo escrito anteriormente he diseñado mi exposición de la siguiente forma: El primer capítulo *Francisco García Calderón. Un hombre entre continentes* corresponde a la presentación de la vida y obra de nuestro personaje así como a una revisión somera de sus escritos más importantes sobre Europa y América Latina. El segundo capítulo *El americanismo y el nacionalismo en América Latina* se concentra en el surgimiento y la consecuente problemática surgida entre ambas categorías. Para examinar este proceso se parte, en primer término, de la noción de *patria* como antecedente para abordar propiamente al *nacionalismo* y finalizar con el término del *americanismo*. El orden con el cual se sigue este apartado se detalla con exactitud al comienzo del mismo. El tercer capítulo *La visión nacionalista de Francisco García Calderón* se enfoca totalmente a la propuesta integracionista de este escritor y se exponen los principales planteamientos, los límites y alcances que le llevaron a concebir su teoría del nacionalismo continental.

CAPITULO I

FRANCISCO GARCIA CALDERON. UN HOMBRE ENTRE CONTINENTES

1.1 Nacimiento y formación de un americano

En los últimos quince años del siglo XIX, la comunidad internacional se encontraba en un momento sumamente singular. La competición imperial de las grandes potencias europeas vivía su punto álgido. Ya habían hecho lo propio con África pero deseaban hacer lo mismo con Asia. El punto central de estas disputas era adquirir (y en otros casos, conservar) el poderío y la autoridad imperiales así como incentivar la actividad comercial que también implicaba una rivalidad entre los grandes imperios. En un primer momento fue Francia bajo el mando de Napoleón III, después Inglaterra, quien tenía gran avidez por conservar una supremacía mundial, Alemania no era la excepción y Estados Unidos combatía para no quedar fuera de la gran repartición.

Para estas naciones no sólo África y Asia significaban territorios por dominar, América Latina también figuraba dentro de sus planes. El mayor interesado era Estados Unidos porque vaticinaba que si las potencias europeas lograban el dominio de la región americana, el país del Norte quedaría relegado a un nivel inferior, de tal manera que la incursión de este último comenzó sin dar marcha atrás. Esta era la situación que América Latina enfrentaría en años venideros.

En este contexto y en el caso concreto del Perú, el país atravesaba por uno de los pasajes más cruentos de su historia, la Guerra del Pacífico. Las hostilidades con

Chile habían surgido tiempo atrás por el puerto del Callao. Sin embargo, la situación se recrudeció cuando Chile ocupó territorio boliviano. Bolivia había firmado con Perú un tratado de defensa en 1873 y exigió a éste el compromiso adquirido. El gobierno peruano no quería aceptar confrontación alguna por lo que trató de negociar la paz con Chile pero este último despreció dichas negociaciones y declaró la guerra al Perú el 5 de mayo de 1879.

Perú era un país que no estaba armado ni naval ni militarmente para enfrentar una guerra, no tenía un sostén económico capaz de solventar gastos de beligerancia. Sin embargo, trató de combatir de la forma más viable posible. En el ámbito político las cosas no marchaban mejor. El presidente Mario Ignacio Prado y el Partido Civilista tenían constantes fricciones con dirigentes de visible arraigo popular como Nicolás de Piérola. Este último se había sublevado dos años antes contra el presidente Prado y ante el escenario que prevalecía en ese momento no aceptó formar parte del gobierno.

La situación que dominaba al Perú requería medidas radicales. El presidente Prado viajó para comprar armas y esto lo aprovechó Nicolás de Piérola para ocupar el poder mediante un golpe de Estado. Mientras tanto, las batallas terrestres y navales entre chilenos, peruanos y bolivianos continuaban. Los chilenos atacaron la ciudad de Lima desde El Callao y Arica. El ejército chileno desembarcó al sur de Lima lo que originó la inevitable ocupación de la capital. Las fuerzas armadas peruanas se debilitaron y Nicolás de Piérola se estableció en Ayacucho, donde su gobierno se derrumbó. Durante la ocupación chilena se trataron de instituir gobiernos interinos para que logran concertar la paz, tal fue el caso del abogado peruano Francisco García Calderón padre (1881). Pero su breve mandato se vio hostilizado por sus adversarios y terminó prisionero en Chile.

Bajo esta cortina de incertidumbre nacional e internacional nació Francisco García Calderón Rey (3 de abril de 1883). Como se mencionó anteriormente, su padre fue presidente interino del Perú pero al no aceptar las condiciones de paz que los enemigos querían imponer fue hecho prisionero de guerra y llevado a Valparaíso. Fue en esta ciudad chilena donde dio a luz su esposa Carmen Rey Basadre de García Calderón. La situación económica de la familia era realmente precaria. El nacimiento del primogénito de los García Calderón padeció las profundas penurias económicas. Su bautizo se realizó en la ciudad de Buenos Aires, pues en Valparaíso se les concedía este sacramento con la condición de otorgarle la nacionalidad chilena, situación que no aceptaron sus padres.

A partir de ese momento, la familia García Calderón comenzó una vida errante, en 1884 se les permitió regresar a Valparaíso donde nació la segunda hija de este matrimonio, María. El 25 de mayo de ese año la familia fue forzada a salir del país pero no se le permitió regresar al Perú y viajó hacia Europa. En París nació Ventura (1886), futuro poeta, cuentista, ensayista y autor de una vasta obra que evidenciará el gran compañerismo intelectual que compartirá con su hermano Francisco.

En 1886 la familia regresa al Perú, Francisco García Calderón padre fue electo presidente del Senado. Allí representaría a Arequipa hasta 1893. En 1888 nació el cuarto hijo de don Francisco, José quien será un gran artista; tan sólo un año después, llega el último miembro de la familia, Juan, quien hará estudios de medicina en Francia, especializándose en radiología. La niñez de Francisco García Calderón transcurrió con una mejor suerte que al comienzo de su vida.

En 1895, las elecciones en el Perú dieron el triunfo a Nicolás de Piérola. Su mandato dio inicio a una transformación sustancial en el país proporcionando forma a

la constitución del Estado moderno: “El gobierno de Piérola en 1895 fue eficaz. Revitalizó la vida económica y restableció el patrón de oro. Reformó la legislación electoral (...) Al llegar al cambio de siglo, la institucionalidad estaba claramente restaurada, la nueva centuria parecía, ciertamente, promisoría”.¹

En el ámbito cultural Francisco García Calderón padre se encargó de las tareas educativas desde el Rectorado de la Universidad de San Marcos. Permaneció al margen de la política y vertió toda su energía en la reconstrucción física y espiritual de la vida universitaria devastada por los embates de la guerra.

Retomando la vida de Francisco García Calderón hijo, a los 18 años de edad ingresó a la Facultad de Letras en la Universidad de San Marcos, junto con su hermano Ventura. El maestro que los guiará en los primeros caminos del conocimiento será Alejandro Deustua, también allí ambos hermanos entablaron una estrecha amistad con José de la Riva Agüero. Es en este momento donde el futuro pensador comienza a tomar afinidad por ciertas corrientes del pensamiento que influirán por el resto de su vida.

En un primer momento fue el Positivismo. Esta doctrina trajo consigo una nueva ola de cientificismo al ámbito latinoamericano. En el Perú no implicó un movimiento tan poderoso y profundo como sucedió en Brasil o México, sin embargo, su influencia fue incuestionable en una etapa de evolución, sobre todo filosófica, en este país. En el Perú, el positivismo alcanzó su cenit entre 1885 y 1915: “Antes de este periodo, el ambiente intelectual peruano está dominado, en filosofía, por los remanentes del eclecticismo cousiniano, la escolástica que sostiene y difunde la iglesia,

¹ Franklin Peasce G. Y., *Breve historia contemporánea del Perú*, México: FCE, 1995 (Col. *Popular*, 517), pp. 146-147.

y las doctrinas de la escuela tradicionalista. Con todos estos elementos se fabrica para uso escolar una suerte de filosofía intelectualista privada de todo vigor y ajena por completo al progreso del conocimiento moderno”.² De ahí que esta doctrina haya sido asimilada profundamente en este país sudamericano, dándole un respiro a toda una tradición educativa antigua.

A finales del siglo XIX, el positivismo estaba asentado casi completamente en todas las esferas cultas del Perú: el periodismo, la literatura, la política y como una forma de vida en general. Francisco García Calderón escribe entonces *De Litteris* (1904), libro prologado por José Enrique Rodó. El spencerismo se hace presente en este libro, el cual contiene un artículo con motivo de la muerte del filósofo inglés, este escrito muestra la profunda admiración personal que Francisco García Calderón sentía por Spencer así como por su doctrina filosófica. Es cierto que hace una crítica a los postulados materialistas del spencerismo pero reconoce que algo fructífero puede rescatarse de ella: “La idea evolutiva quedará. Sufrirá cambios y retoques, pero sus grandes líneas vivirán. La integración, la diferenciación progresiva, fuera de todo concepto materialista, la definición creciente de los elementos y de las partes, son grandes ideas fecundas”.³

En este momento su pensamiento da un giro radical de tal manera que se constituye un puente entre la quiebra del positivismo y su reemplazo por el nuevo espiritualismo. En efecto, algunos pensadores de principios del siglo XX como Franz Tamayo, José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, por nombrar sólo algunos, vaticinaron que al aplicar una fórmula rigurosa encaminada hacia un

² Augusto Salazar Bondy, “El apogeo del positivismo”, en *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*, Lima: Francisco Moncloa, 1965, p.5.

³ Francisco García Calderón, “Espiritualismo y materialismo”, en *De Litteris*, Lima: Librería e Imprenta Gil, 1904, p. 79.

mejor estado material, como lo proponía el positivismo, era imposible lograr establecer mejores sociedades porque una educación rígida proveniente de un laboratorio no brindaba el conocimiento y el humanismo que requerían aquellas sociedades.

El idealismo, que proponía una vida liberal y progresista, surgió en el escenario del pensamiento peruano. Entonces Francisco García Calderón, junto con José de la Riva Agüero y Víctor Andrés Belaúnde, adoptaron, tal vez como en ningún otro país de América Latina, el mensaje de *Ariel*, escrito por José Enrique Rodó. Tiempo después, el primero de ellos escribe *Por ignorada rutas* (1923), que intenta ser un *Ariel* peruano:

Durante sus años de estudiantes absorbieron el positivismo dominante de San Marcos, pero pronto se adhirieron a Rodó (Belaúnde lo llamó 'nuestro verdadero director espiritual') y también al idealismo de Emile Boutroux y Henri Bergson, tal como les fue impartido por el filósofo disidente, Alejandro Deustua (...) La vida y el pensamiento de los tres acabarían tomando rumbos muy diferentes, pero todos ellos empezaron buscando la renovación nacional en una fuerte presidencia constitucional, apoyada por una oligarquía progresista e ilustrada.⁴

La importancia del *Ariel* no sólo radica en su contenido ideológico y su calidad literaria ya que también la difusión de la que fue objeto no tuvo precedente alguno, además fue el escrito más citado de este periodo.⁵

⁴ Charles A. Hale, "Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930", en *Historia de América Latina: cultura y sociedad, 1830-1930*, Leslie Bethell (ed.), Barcelona: Crítica, Tomo 8, p. 44.

⁵ Véase Martín S. Stabb, *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano 1890-1960*, Trad. de Mario Giacchino, Caracas: Monte Ávila, 1969.

El aire renovador del *Ariel* fundado en la propuesta de una vida abierta y progresiva, pero sustentada en valores propios y no imitativos, sirve de alimento a la gran producción intelectual de Francisco García Calderón, que se inició en esta época. A los 23 años de edad, un año después del fallecimiento de su padre, el escritor peruano decide irse a vivir a Francia (26 de abril de 1906) con sus hermanos Ventura, José y Juan. Sólo regresó al Perú el 27 de diciembre de 1908 para contraer matrimonio en Lima con Rosa Amalia Lores, pero fue una visita fugaz y no regresó a su país hasta el año de 1947, gravemente enfermo. La decisión de cambiar de residencia fue muy criticada por algunos pensadores peruanos (entre ellos, José Carlos Mariátegui). Se pensaba que los García Calderón “renegaban” de su condición de peruanidad pero la determinación de partir no fue nada sencilla: “No han faltado quienes han censurado la decisión que los cuatro hermanos adoptaron en 1906. Ignoran que, tras de ella, hubo razones muy graves de orden íntimo y familiar. Alejarse de Lima fue entonces, para ellos, una solución quirúrgica. Por lo demás, no se trataba de hombres que partieran en el camarote de lujo de los mimados por la fortuna”.⁶ En efecto, Francisco llegó con un nombramiento de la Legación del Perú en París, Ventura ingresó al consulado peruano de esta misma ciudad, José se inscribió a la Escuela de Bellas Artes y Juan se decidió por la carrera de medicina.

En el año de 1907, Francisco García Calderón publicó *Le Pérou contemporaine*. Dicha obra es considerada como una “radiografía” geográfica e histórica de este país sudamericano, como un ambicioso estudio sociológico.⁷ Según Jorge Basadre, *El Perú contemporáneo* tiene una fuerte referencia al texto de Francisco García Calderón padre titulado *Diccionario de la Legislación peruana*, considerado como un proyecto de suma importancia en la literatura peruana del siglo XIX porque ofrece un compendio de

⁶ Jorge Basadre, “Realce e infortunio de Francisco García Calderón”, prólogo a *En torno al Perú y América*, Lima: Juan Mejía Baca, 1954, p. XIII.

⁷ Charles A. Hale, *op. cit.*, p. 44.

Constituciones, leyes, códigos y decretos para el ejercicio de abogados, litigantes y estudiantes de Derecho.

Dichos preceptos fueron retomados por Francisco García Calderón hijo para crear su libro en el cual la cultura, la cualidad de análisis y síntesis y una disposición incuestionable para desentrañar el pasado y descubrir el presente son evidentes:

Este examen de conciencia despunta en *Le Pérou contemporaine* de Francisco García Calderón. En las páginas capitales de este libro, el más preclaro documento para juzgar la psicología nacional, el corifeo de esta generación, mi hermano Francisco, hace el recuento de nuestros males históricos con imparcialidad tan ecuaníme que le ha sido reprochada alguna vez por lectores incomprensivos (...) Imprevisión, despilfarro de pueblo acostumbrado por la 'orgía del guano y del salitre' a tirar la casa por la ventana.⁸

En ese mismo año aparece *Hombres e ideas de nuestro tiempo* con prólogo de Emile Boutroux. Es una selección de los artículos de Francisco García Calderón publicados en revistas y diarios de Lima de 1904 a 1907.

En los cinco años siguientes, el pensador peruano enriquecerá su vida intelectual profundamente. Conoce y entabla amistad con grandes pensadores de la época como Rufino José Cuervo y Ramiro de Maeztu, con el cual crea un gran lazo de aprecio; en 1908 asiste a la Conferencia Internacional para la protección de la propiedad intelectual en Berlín y en el mes de septiembre, en Heidelberg, participa en el Congreso de Filosofía al que asisten Benedetto Croce, Emile Boutroux, Josiah Royce y Wilhem Windelband. Allí presenta su ponencia: "Las corrientes filosóficas en

⁸ Ventura García Calderón, *Nosotros*, París: Garnier Hnos., 1946, p. 49.

la América Latina”, ésta se reprodujo en un periódico francés de filosofía y después se tradujo al español por su amigo Pedro Henríquez Ureña, quien la editó en la *Revista Moderna*⁹, prestigiosa publicación en cuyas páginas estaba surgiendo una nueva generación de artistas e intelectuales, entre ellos, José Vasconcelos, Antonio Caso y el propio Pedro Henríquez Ureña, único del grupo llamado Ateneo de la Juventud que no era mexicano y quien tuvo un lugar importante en la divulgación de las ideas arielistas con sus artículos sobre José Enrique Rodó y Francisco García Calderón en la citada revista.

El artículo “Las corrientes filosóficas en la América Latina” muestra las diversas etapas por las cuales, según el pensador peruano, ha tenido que pasar el pensamiento filosófico en América Latina. El estudio comienza en los albores del siglo XIX, donde Francisco García Calderón establece que no había una filosofía propia y ello se debía a un apego, casi inevitable, con España. Con la emancipación de los países latinoamericanos vino la influencia del pensamiento francés y del pensamiento inglés. Ambas corrientes se diseminaron en los países latinoamericanos creando, desde la Independencia y hasta 1875, una tendencia de origen francés, encabezada por Guizot, así como por los lógicos ingleses.

Surgieron entonces el positivismo y la búsqueda de otra visión filosófica de la vida, el idealismo. Aquí el escritor peruano centra su atención debido al marco histórico que se vivía en aquel momento. La escuela de Spencer, Henri Bergson y Emile Boutroux son citadas reiteradamente en este artículo. Finalmente, Francisco García Calderón propuso que con esta diversidad de influencias extranjeras se pudiera crear una corriente filosófica propia de América Latina, pero existían retos a vencer:

⁹ Francisco García Calderón, “Las corrientes filosóficas en América Latina”, en *Revista Moderna de México*, núm.3 (1908), pp. 151-157.

La educación, que aún no está desarrollada; la vida política, a veces inestable; una religiosidad inquisitorial, enemiga del libre examen; necesidades de vida y de crecimiento que dan a la riqueza, a su culto y a su conquista, la primacía sobre la meditaciones filosóficas: he ahí los factores que han de tomarse en cuenta para predecir el futuro. La América latina se preocupa cada vez más de los problemas de las ciencias y la filosofía; se encamina hacia el idealismo. Estos son los hechos, cuya significación futura sería imposible adivinar.¹⁰

En 1910 emprende una prolija participación intelectual en periódicos de América Latina tales como *El Comercio* de Lima, el *Diario de la Marina* y *El Fígaro* de la Habana, así como *La Nación* de Buenos Aires. Paralelamente, ocupa el cargo de segundo secretario de la Legación peruana en París, ciudad donde residirá hasta 1919, cuando fue ascendido y se le envió a Bruselas. Al año siguiente comienza a preparar *Las democracias latinas de América* cuya primera lectura estuvo a cargo de Gustave Le Bon. Considerado como uno de los sociólogos más respetados de la época, el psicólogo social francés influyó profundamente en el pensamiento de Francisco García Calderón.

La premisa esencial en la obra de Gustave Le Bon era la idea del “alma nacional”. Para este personaje, las características raciales anatómicas eran similares a las características psicológicas de las personas y, además, no podrían cambiar; esta tesis marcaba, como era de esperarse, una jerarquía del blanco sobre el negro y el indígena. Por lo tanto, la raza pura no podía compararse jamás con el mestizaje, este sería siempre inferior.

¹⁰ *Ibid.*, p. 156.

El libro *Las democracias latinas de América* contiene parte de este pensamiento. Así que Francisco García Calderón pidió a Gustave Le Bon que incorporara esta obra en su famosa “Biblioteca de filosofía científica”. Comenta que el psicólogo social francés se resistía a otorgar un lugar de cierta importancia a los países de América Latina. El pensador peruano defendía con rigor su posición. Entonces el escritor francés pidió a García Calderón el prólogo de algún reconocido colega suyo para presentar el libro. Lo consiguió por medio del filósofo Emile Boutroux, quien concertó una cita con Raymond Poincaré. El abogado leyó la obra y otorgó a ésta una importancia inusitada. Es así como Gustave Le Bon cedió ante tal suceso.

Finalmente, la obra vio la luz en el año de 1912, prologada por Raymond Poincaré, presidente del Consejo de Ministros y futuro presidente de Francia. Debido a la trascendencia de la obra, se tradujo inmediatamente al inglés y alemán, acontecimiento que no había sucedido nunca con otro escritor latinoamericano, exceptuando el ámbito literario propiamente dicho.

Las democracias latinas de América es un libro que expresa de una forma atractiva el transcurrir de los países latinoamericanos, comenzando por lo que él considera fundamental: la raza como base étnica en la construcción de estas naciones. Se observan más las deficiencias del mestizaje y su consiguiente efecto negativo en la sociedad que alguna virtud. Recorre entonces la historia de América Latina, las luchas por la independencia, los diversos acontecimientos que han marcado el devenir histórico del subcontinente con una sorprendente capacidad de análisis y síntesis que no se puede homologar.

El pensador peruano reafirma su americanismo al publicar *La creación de un continente* (1913), considerado por muchos el más bello de sus escritos. Esta obra se

caracteriza por una sensibilidad más íntima que no se encuentra en sus dos primeras grandes publicaciones (*El Perú Contemporáneo* y *Las democracias latinas de América*). Es la idea fija de encontrar el destino de América Latina con bases propias sin pretender unirlo al devenir histórico de otros países.

Los siguientes años transcurren para el escritor peruano en una constante actividad diplomática, ocupando diversos cargos de suma importancia como representante del Perú. Sin embargo, después de 1919, el escritor peruano deja de vivir de la diplomacia para dedicarse por completo a la elaboración de artículos que publica en periódicos de América Latina. Dejó de lado la visión *arielista* de Rodó y comenzó un serio estudio sobre Europa occidental. Aparece entonces *El panamericanismo. Su pasado y su porvenir*¹¹ reproducido en *Ideas e impresiones* (1919). Existe un nuevo compendio de sus artículos periodísticos aparecidos en el diario *La Nación* de Buenos Aires, bajo el título *Ideologías* (1917). Escribe *El dilema de la gran guerra* (1919) donde efectúa un análisis de los conflictos de ideales y de las civilizaciones ocurridos en la Primera Guerra Mundial.

Al vivir en el extranjero, Francisco García Calderón obtiene la capacidad, admirada por muchos, de opinar sobre diversos temas que muchos intelectuales latinoamericanos se rehusaban abordar, lo que se corrobora con la publicación de escritos como *El Wilsonismo* (1920), *El espíritu de la nueva Alemania* (1921) y prologa una nueva recopilación de artículos sobre la política occidental en España titulada *Europa inquieta* (1926). Después de estos años, Francisco García Calderón incursionó nuevamente en el ámbito diplomático manteniendo su colaboración informativa en periódicos latinoamericanos. Siendo Embajador en Francia es apresado por los

¹¹ Francisco García Calderón, "El panamericanismo. Su pasado y su porvenir" en *La Revue Hispanique*, tomo xxxvii (1916), pp. 1-68.

alemanes y enviado a un campo de concentración donde su salud se deteriora enormemente.

A partir de 1933, su actividad intelectual disminuye considerablemente. De hecho a esta etapa de su vida en adelante puede considerarse como su ciclo final. En adelante, asistirá a congresos y conferencias como invitado especial. En 1944, al enterarse de la muerte de José de la Riva Agüero, escribe y publica un folleto titulado *In memoriam* (Ginebra). Esta publicación demuestra el gran deterioro físico y mental de Francisco García Calderón ya que contiene citas en diversos idiomas e incoherencias que lo hacen difícil de comprender.

Regresa al Perú en el año de 1947, dejando tras de sí casi cuarenta años de vida en Europa. Al siguiente año es internado en la casa de salud “Víctor Larco Herrera”, cerca de Lima. Paradójicamente y como sucede en la mayoría de los casos de los hombres ilustres, el pensador peruano (68 años) estuvo sumido en una gran crisis económica de tal forma que el servicio diplomático “aumentó” su jubilación para que pudiera sobrevivir junto con su esposa.

En 1953, falleció Francisco García Calderón. El rescate de su obra comenzó al año siguiente cuando un grupo de amigos e intelectuales se reunió para publicar la antología *En torno a Perú y América*. A saber, Jorge Basadre, Carmen Ortiz de Zevallos, Augusto Salazar Bondy, Pedro Ugarteche Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva como editores, con el único objetivo de que su pensamiento fuera valorado y difundido en América Latina.

Pensar que en 1954 la prioridad era rescatar del olvido la obra de Francisco García Calderón resulta algo sorprendente. En ese año, el nombre de este intelectual

peruano era extraño para muchos. La juventud **no** lo conocía y sus contemporáneos se habían olvidado de él. Es decir, si en aquel momento su vida y su obra estaban casi sepultados ¿qué se podría esperar de los años venideros?

Como se ha mencionado anteriormente, la indiferencia hacia su obra puede partir desde diversas directrices: Por la educación recibida en un ambiente burgués y afrancesado, por ser partidario de un gobierno de élite, por decidir vivir en Europa durante más de treinta años; por ignorar en sus escritos algún estudio acerca del indígena, elemento clave y tema de particular atención en el Perú y en la historia de América Latina. Estos factores, entre otros, causaron en algunos intelectuales del continente americano ciertas reservas hacia la obra de Francisco García Calderón.

Sin embargo, creo que es necesario ubicarnos en el marco histórico en el cual vivió este personaje. Los acontecimientos nacionales e internacionales que marcaron su vida no son algo que se deba ignorar. Paralelamente, la evolución en todos los campos del pensamiento tanto en América Latina como en Europa, repercutieron en su visión y concepto del mundo en aquel momento. No se puede criticar o juzgar a algo o alguien sin antes saber su verdad, su versión de los acontecimientos.

1.2 Presencia de Europa

Gracias a su prolongada estadía en Francia, Francisco García Calderón vivió en carne propia uno de los acontecimientos más relevantes del siglo XX: la Primera Guerra Mundial. Mencionaba que el siglo XIX había implicado un periodo de progreso material, científico y moral en la historia de la civilización y, prácticamente, ningún acontecimiento había logrado frenar dicho adelanto. De tal forma que lo sucedido a partir de 1914 marcaba un hito en el desarrollo histórico de la humanidad.

Es verdad que Europa había sufrido algunas contiendas en su interior pero no con la magnitud de esta disputa donde las grandes potencias europeas (Alemania, Austria-Hungría, Francia, Inglaterra, Rusia e Italia) luchaban entre sí para demostrar no sólo su predominio político, sino también económico. Tiempo después, Estados Unidos y Japón se unirían a esta querrela, dejando de lado el carácter eurocéntrico de esta última para convertirse en un conflicto bélico mundial.

Este periodo histórico motivó a Francisco García Calderón para escribir tres interesantes ensayos: *Los aspectos psicológicos de la guerra*, *La teoría del germanismo* y *Los escritores ingleses y la guerra*. Dichos escritos están recopilados en su libro titulado *Ideas e Impresiones* (1919) donde se encuentran otros ensayos enfocados al acontecer latinoamericano.

Los ensayos expresan la agudeza de Francisco García Calderón al mostrar algunas de las consecuencias que había dejado la guerra en el pensamiento europeo. Su estadía en Francia le permitió formular una serie de reflexiones en torno a ese gran momento en la historia mundial.

En el escrito titulado *Los aspectos psicológicos de la guerra* se ubica perfectamente cómo la cultura y el pensamiento religioso se ven afectados por este incidente internacional. La cultura, por ejemplo, se concibe desde puntos de vista patrióticos:

Si los alemanes se enorgullecen de sus conquistas científicas, si exaltan a Haeckel, los ingleses citan a Darwin con altivez y los franceses a Lamarck, el precursor (...) No hay escultura en los dominios prusianos; pero ninguna música es como la alemana, revelación del misterio de las cosas (...) Diríase que van a cerrarse las fronteras morales y que la guerra, removiendo atavismos, despoja a las naciones del cosmopolitismo aparente para revelar instintos formidables.¹²

La afirmación anterior muestra la manera en que el escritor peruano observaba la realidad que acontecía en Europa. En efecto, la Primera Guerra Mundial dejó tras de sí sentimientos de confusión y desesperanza infranqueables, ante todo en Europa, que se considera el centro del dominio, la riqueza, el conocimiento y la civilización occidental. Europa, quien había concebido un mundo inalterable, liberal y burgués, después de aquella hecatombe, se mostraba como un conjunto de estados con sistemas de gobierno caducos a quienes se hacía responsables de haber creado la susceptibilidad y la desilusión de sus habitantes.

La incertidumbre era palpable en cualquier instancia de la vida europea y García Calderón señala a este respecto el contexto de dispersión que vivían los países europeos: “Europa palpita en gestación de libertades, y como son complicados los factores de unidad política, el problema inquieta a los Gabinetes (...) Se aspira a fijar definitivamente límites naturales en la Europa múltiple, y quién sabe si en este noble

¹² Francisco García Calderón, “Los aspectos psicológicos de la guerra”, en *Ideas e impresiones*, Madrid: América, 1919, pp.174-175.

empeño rivalizarán los estadistas que se ufanan de manejar realidades precisas con los jacobinos enamorados de geometría y estéril razón”.¹³

La máxima preocupación que el pensador peruano manifestaba con la enunciación anterior era el saber de qué manera se delimitarían las “nuevas fronteras” después de la guerra; ¿valdría más el lenguaje, la raza, la cultura o la religión? Sus preocupaciones se manifestaron con claridad rápidamente. Por ejemplo, él mencionaba que el pensamiento religioso se transformaba debido al estado de perplejidad moral que vivió el hombre europeo frente a la muerte como una constante. Lo que antes implicaba una religiosidad a ultranza en tiempos de guerra se convirtió en un alivio para todo aquel que fallecía en los campos de batalla. Realmente no interesaba si un judío, un católico o un protestante entregaban palabras de consuelo a un soldado agónico, lo importante era sentir abrigo espiritual.

Asimismo, denunciaba la ausencia del ámbito cosmopolita y turístico que distinguía a Francia. Este aspecto, por el momento, ya no existía; lo mismo sucedía con la sobriedad y elegancia de Inglaterra. Alemania se concentraba en disputar a ésta la hegemonía imperial. Francisco García Calderón hacía hincapié en la transformación, propiamente, del continente europeo donde la realidad era otra y todo había cambiado.

En *La teoría del germanismo* se denotan las características que hicieron del país teutón una de las grandes potencias del mundo. La grandeza de Alemania no sólo radicaba en su excelencia científica y la rigidez de su disciplina, sino que en ella existía lo que se llamó la “barbarie sabia”; es decir, a la rudeza primitiva se agregan, como instrumentos de perfección, la disciplina, la conciencia y el método.

¹³ *Ibid.*, pp. 175-176.

Es importante señalar que no sólo la rigidez del sistema alemán fortificó a esta nación. Los alemanes creían firmemente en un mandato divino de limpiar al mundo de “imperfecciones”, ellos tenían la ratificación de una nueva fe para que no sólo la hegemonía lógica ratificara su poder. Aseguraban que el legado del dominio estaba implícito en la sangre, por tanto, la pureza o perversión de la humanidad podría ser enriquecida o aniquilada por ellos, la raza aria.

Francisco García Calderón asume aquí, como en otros escritos, la primacía de la raza. Elemento que comparte con la teoría germana que se consolidó a lo largo del siglo XIX. Por ejemplo, la doctrina del súper hombre de Nietzsche sirvió para identificar al ario con ese hombre superior, o bien, la creación musical de Wagner para ratificar la exaltación de la época germana y fomentar el orgullo nacional que derivó en el racismo:

Hay pueblos de varia naturaleza en el mundo contemporáneo, de semicultura, de civilización completa, de naturaleza como en el idilio de Rousseau, *halbkulturvölker*, *kulturvölker*, *naturvölker*, Inglaterra, Francia, Italia, las tribus fanáticas del continente negro, las repúblicas inciertas de América. Pero sobre estas especies se levanta una raza majestuosa de cultura perfecta (...) una súper nación a quien corresponde entre los pueblos imperfectos el dominio absoluto. Ese *vollkulturvolke* es, naturalmente, Alemania.¹⁴

Tal aseveración es compartida por el ideal alemán. La fuerza de la raza blanca y rubia, la originalidad de un idioma, la perspicacia analítica y científica así como la constancia y el orden son elementos que, según el intelectual peruano, no comprenden las demás naciones: “el gran poder imperial va a la lucha cruenta empujado por esas razas lamentables de histórica rebeldía que desconocen su

¹⁴ Francisco García Calderón, “La teoría del germanismo” en *Ideas e impresiones*, Madrid: América, 1919, p. 187.

excelencia, que envidian su salud, que no comprenden, en su miseria de gente mestiza, la pureza de su sangre antigua. Y si la guerra es formidable (...) es porque los débiles se tornan insolentes cuando se olvida el recordarles su flaqueza”.¹⁵

García Calderón puntualiza que Alemania aceptó la derrota con gran dignidad y no de una manera humillante. Para él, resulta sorprendente que un pueblo organizado, disciplinado y fecundo no haya logrado la expansión, el dominio y el señorío en esta guerra. Pero reconoce, sin dudar, que Alemania pretendía esto a través de la rudeza, que degeneró en la ruina espiritual y moral de su pueblo, así como en el resto de las naciones en conflicto y donde el despotismo nunca estuvo ausente.

En el año de 1913 publicó *La creación de un continente* y su postura en cuanto a la filosofía de vida del pueblo germánico era muy diferente a la ya descrita anteriormente:

Oponen orgullosamente los magníficos destinos de la Unterland al federalismo atormentado de los brasileños (...) Compañías de colonización y sucursales de poderosos bancos, sobre todo el Deutsche Überseeische Bank, maravilloso instrumento de conquista, extienden en Brasil y en toda América Latina la prosaica hegemonía alemana. En Chile dirigen la educación, organizan el ejército y como en todas las escuelas prusianas, enseñan un patriotismo intolerante y una historia insolente.¹⁶

Sin duda alguna el mundo era otro antes de 1914 y la visión de Francisco García Calderón también. Pero de algo estaba completamente seguro: el conflicto bélico no había terminado aún: “Destrucción provisional que prepara doradas

¹⁵ *Ibid.*, p. 189.

¹⁶ Francisco García Calderón, *La creación de un continente* (1912), prólogo de Luis Alberto Sánchez y cronología de Angel Rama y Marlene Polo, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979 (Col. *Biblioteca Ayacucho*, 44), p. 160.

resurrecciones. El Imperio nos envía colonias que se adaptan a la tierra americana y contribuyen activamente a su engrandecimiento. ¿No servirá, en la mente de los nuevos conquistadores, esta invasión pacífica de avanzada útil para la futura supremacía?”.¹⁷

Lo anterior no le impidió reconocer que habría que valorar el carácter liberal y democrático tanto de Francia como de Inglaterra, así como la querrela sostenida con el heredero de la Santa Alianza para que las naciones europeas y el continente americano logran vivir con cierta estabilidad.

La Primera Guerra Mundial mermó en su totalidad las más arraigadas creencias del hombre frente a la sociedad, la economía, la política, la cultura, y la religión. Lo anterior se demuestra fielmente a través de los escritos políticos, sociológicos y filosóficos de los “hombres de letras” quienes no perdían oportunidad de plasmar sus ideas, fuesen optimistas o pesimistas, en torno a la situación que se vivía en la primera posguerra. Como ya se ha señalado anteriormente, Francisco García Calderón fue uno de ellos. Sin embargo, en su ensayo titulado *Los escritores ingleses y la guerra* se da a la tarea de retomar y comentar algunas aseveraciones de cuatro connotados escritores ingleses frente al conflicto bélico: John Galsworthy, Bernard Shaw, Rudyard Kipling y Gilbert Keith Chesterton.

Dramático considerable de la habilidad técnica y Premio Nobel de literatura en 1932, John Galsworthy reconoce que Inglaterra, tratando de salvaguardar un ideal, participó en la guerra más terrible que hubieran vivido hasta esos momentos las naciones de Europa. El escritor inglés menciona que, debido al conflicto bélico, Inglaterra y todas sus colonias y países que dependían de ella estaban cayendo en un

¹⁷ Francisco García Calderón, “La teoría del germanismo”, *op. cit.*, p. 193.

federalismo que tenía como máxima: vivir y dejar vivir. Al respecto, Francisco García Calderón menciona que: “Son ‘espiritualmente esclavos’ los pueblos que aceptan esa centralización excesiva, el mecanismo inmenso del moderno Leviatán”.¹⁸

Galsworthy reconocía la disciplina, el perfeccionamiento, el patriotismo y el valor del pueblo alemán pero carecía de espíritu. El pensador peruano lo define como ese capital de humanidad acumulado por los herederos intelectuales de Grecia, Roma, del estoicismo y del cristianismo.

Tanto Francisco García Calderón como John Galsworthy coinciden en que los alemanes entregan el alma al Estado absoluto a costa de la prosperidad, nada más perjudicial para el desarrollo “espiritual” del pueblo germánico. Para ambos, la civilización liberal, la pasión de la humanidad y el amor a las ideas entraron en franco conflicto con la erudición pedante, el nacionalismo intolerante y la apoteosis de la fuerza. Las consecuencias de este enfrentamiento no se hicieron esperar.

Bernard Shaw se muestra un poco más reticente al respecto. No cree que el reino haya respetado los tratados en su historia agresiva: “En nombre de uno de ellos, que garantiza la neutralidad de Bélgica, declara la guerra a Alemania. Hipocresía de los Jeremías sajones, hipocresía de amor a la paz que encubre hostilidad al militarismo prusiano”.¹⁹ Asimismo, defiende la presencia del proletariado porque manifiesta que serán ellos los que darán una presencia sin igual en el movimiento de la clase laboriosa. Manifiesta su sentir y condena al agio de Wall Street y recuerda que el *Times*, en el año de 1906, olvidó los crímenes políticos de Rusia porque Inglaterra, la nación civilizadora, prestaba dinero al erario ruso. Francisco García Calderón menciona que

¹⁸ *Ibid.*, pp. 199-200.

¹⁹ Francisco García Calderón, “Los escritores ingleses y la guerra”, en *Ideas e impresiones*, Madrid: América, 1919, pp. 203-204.

por estas pequeñas razones Bernard Shaw no reparaba en plantear su opinión de las cosas con áspera franqueza.

Gilbert Keith Chesterton considerado como uno de las figuras literarias y apoloéticas más renombradas de Inglaterra es también motivo de estudio para el intelectual peruano. Del escritor inglés Francisco García Calderón extrae dos premisas realmente interesantes para tratar, someramente, el problema de la filosofía nazi: la fe y la promesa.

Para Chesterton, el hombre podía ser definido como el animal que construye dogmas. A partir de este razonamiento: “La fe es tan seguro instrumento en nuestras manos frágiles como la razón. Todos creemos en cuentos de hadas y en ellos vivimos”.²⁰ Alemania fue presa de la barbarie porque, según la apreciación de Chesterton, la promesa, centro de la vida, fue devorada por un pueblo envuelto en la demencia.

Alemania había adoptado una postura que tal vez muchos años atrás y, sin duda alguna, utilizada recurrentemente en nuestros tiempos, sería elemento clave en política: “Los germanos habían hecho un descubrimiento flamante en política internacional: que puede ser a menudo cómodo el prometer y terriblemente incómodo el cumplir”.²¹

Francisco García Calderón comparte esta conclusión arguyendo que Alemania no era capaz de respetar algún tratado. Para ella no existía la reciprocidad, eso era un

²⁰ *Ibid.*, p. 209.

²¹ *Ibid.*, p. 210.

término desconocido para la mentalidad germánica. Alemania podía estar armada hasta el último resquicio de su territorio, tenía el derecho a conquistar, reclamar leyes internacionales al resto de las naciones, pero éstas no podían exigirle lo mismo. Las pretensiones voraces de Alemania, junto con la supremacía que no querían dejar perder los demás imperios, desembocaron en un cruel enfrentamiento donde una nueva historia se cimentaba y donde el conflicto bélico aún no había terminado.

1.3 Presencia de América Latina

La finalidad de este apartado es mostrar la importancia que tuvo América Latina en la obra de Francisco García Calderón. Para ello abordaré uno de sus máximos proyectos editoriales y culturales *La Revista de América* y cómo se mantiene este tema en dos de sus artículos: *El panamericanismo. Su pasado y su porvenir* y *El wilsonismo*.

La Revista de América

Sin duda alguna el año de 1912 fue fundamental para Francisco García Calderón, en ese año publica *Las democracias latinas de América* y publica el primer número de la *Revista de América*, bajo su dirección. Esta iniciativa mostraba la ferviente adhesión del intelectual peruano por el americanismo. Dejaba de largo el pesimismo mostrado por algunos de sus colegas, como por ejemplo, Manuel González Prada y apostaba por una hermandad de los países latinoamericanos: “La *Revista de América* que fundó y dirigió Francisco, que animó Ventura García Calderón fue la torre alta para la contemplación de panoramas y también el faro irradiador de luz europea (...) Pero más aún por su universalismo y su sentido de modernidad (...) Allí en la *Revista de América* –y este es su más alto valor– se enseñó a pensar continentalmente a nuestra América”.²²

²² Benjamín Carrión, *Los creadores de la nueva América: José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Francisco García Calderón, Alcides Arguedas*, Madrid: Sociedad General Española de Librerías, 1928, pp. 131-132.

La *Revista de América* se convirtió en un eje rector de los intelectuales hispanoamericanos que vivían en Europa así como para muchos escritores de América Latina. En ella se encontraban corrientes intelectuales disímiles entre sí como el novomundismo *versus* europeísmo, ideas bergsonianas *versus* positivismo y racismo *versus* indigenismo, esta diversidad del pensamiento enriquecía enormemente la publicación. La revista tuvo una periodicidad mensual y se editó en la ciudad de París, siendo sus administradores Chávez y Cía., banqueros de la gran metrópoli del Sena. Se editaron veintitrés números de dicha publicación, el primero de ellos apareció en junio de 1912 y el último en abril de 1914.²³

La Revista de América se integraba por algunas secciones que la convierten en una publicación sumamente interesante. La primera de ellas es el “Sumario” el cual contenía los escritos de grandes hombres de las letras latinoamericanas como Rubén Darío, Alfonso Reyes, Rufino Blanco Fombona, Dr. Atl, José Ingenieros, Enrique Gómez Carrillo, José Enrique Rodó, Hugo Barbagelata, entre otros. Pero también estaban presentes personajes de la vida intelectual europea como Miguel de Unamuno, Azorín, Juan Guixé, José Ortega y Gasset, connotados maestros de la literatura española; de Francia se contaba con la participación de Jean de Gourmount, novelista y crítico francés quien fuera uno de los más prestigiados y brillantes colaboradores del *Mercure de France* y el filósofo y literato Julien Benda. Italia estaba representada por Giuseppe Prezzolini, director del semanario *La Voce*.

²³ No pude comprobar el número de volúmenes de la publicación ni saber el tiraje exacto de la misma ya que no se cuenta con la colección completa. En la biblioteca Samuel Ramos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM se encuentran solamente nueve ejemplares. Los números I, II, III corresponden al volumen I y comprenden los meses de junio-agosto de 1912, los números X y XI corresponden al mismo volumen pero del año de 1913 y los números XII-XV integran el volumen II del mismo año.

La siguiente sección se titulaba “Crónicas”, la cual se dividía en “Letras de América” y “La vida en París”. La primera era un espacio dedicado para críticos literarios de América Latina. Por ejemplo, encontramos en “Letras Argentinas” a Manuel Gálvez, considerado como uno de los poetas más importantes de este país sudamericano; “Letras Antillanas” dirigida por Federico García Godoy, intelectual dominicano que en sus libros de crítica y novela muestra un fervoroso nacionalismo ante la amenaza norteamericana; Baldomero Sanín Cano, colabora para “Letras Colombianas”; “Letras Venezolanas” es presentada por Santiago Key Ayala, cuyos escritos siguen el lineamiento de Renán y Taine.

Como puede comprobarse, *La Revista de América* expresa la importancia por difundir la obra literaria de América Latina en su totalidad. Ejemplo de ello es la presencia de grandes representantes de la literatura brasileña como el escritor José Pereira Graça Aranha, autor de *Canaán* cuya aparición a comienzos del siglo XX señala uno de los acontecimientos intelectuales más notable de Brasil. El tema social dominante en la obra es el de la asimilación de la vigorosa inmigración alemana que llegó al país sudamericano a fines del siglo XIX. Aparece también Luis Guimarães, considerado como uno de los mejores poetas del Brasil de la época, el eminente crítico José Verissimo considerado como el Sainte-Beuve brasileiro. El historiador y crítico Oliveira Lima reseña para *La Revista de América* su libro *Panamericanismo*, el cual constituye un profundo análisis de la inquietud del continente ante el avance de la política restrictiva norteamericana. Respecto a la inclusión de escritores brasileiros en esta publicación, como dato curioso resulta una carta anónima dirigida a la editorial confirmando el desacuerdo por publicar artículos en portugués: “Nos llega de Cuba una carta anónima y afectuosa —raro caso. En ella se nos pregunta por qué publicamos artículos en lengua portuguesa de escritores brasileños, ‘habla pastosa’, dice el autor de la carta. Sencilla es la respuesta. Esta es una Revista americana donde

han de figurar los escritores de todo el continente”.²⁴ Francisco García Calderón responde que la *Revista de América* va más allá de fronteras físicas, fronteras ideológicas y, por supuesto, fronteras de idiomas. En efecto, los contenidos de los poemas, ensayos, artículos y reseñas publicados en la revista muestran muy diversas corrientes del pensamiento que la enriquecen en gran medida.

Por su parte la subsección “La vida en París” era una crónica de la vida contemporánea de Francia escrita por Ventura García Calderón, hermano del director de la revista. Dicha subsección es un reflejo de la vida social que acontecía en París. Pero no sólo se refería a la vida social burguesa, sino también a la de aquellos personajes comunes que convertían a las calles de la capital francesa en un escenario en donde desfilaban personajes como “El músico desconocido”, al cual nadie observa pero cuando no está su ausencia es lastimera para los transeúntes. Hay crónicas como la llamada “Exposición de rosas” que es sólo eso, una detallada descripción de una exhibición de las flores preferidas de Ventura García Calderón. Pero también encontramos la crónica teatral, por ejemplo, la que escribe Ventura sobre *Salomé*, de Oscar Wilde y aquí podemos conocer el punto de vista del cronista acerca de este autor y su obra. Resulta interesante conocer estas crónicas porque son relatadas con ciertos matices de poesía, distintivo indiscutible en la obra de Ventura García Calderón.

En los tres primeros números de la publicación aparece un segmento titulado “Libros recibidos”. En este espacio se dan a conocer los textos recientes de algunos de los pensadores más renombrados del momento. Entre ellos se encuentra la obra de Julio Mancini titulada *Bolívar et l’émancipation des colonies espagnoles, dèsorigines à 1815*, así como una breve biografía de este escritor; *Personalismos y Verdades* es un texto de

²⁴ Francisco García Calderón, “Notas” en *La Revista de América*, vol. I, núm. 10 (1913), p. 335.

Francisco Canella. Otro libro citado es de José Francés, *La ruta del sol*. Uno más es de Claudio Santos González, *Poetas y críticos de América*, el cual es reseñado por Ventura García Calderón. En los tres primeros números sólo aparecen las secciones señaladas anteriormente y en las cinco restantes, a partir del número X del año 1913, se reproduce un suplemento ilustrado titulado “La actualidad”, aquí se integra la ya referida sección “Libros recibidos” y aparecen otras tres secciones.

La primera lleva por nombre “La tribuna de los Jóvenes” dedicada, como su nombre lo indica, a la juventud creadora ávida de publicar sus escritos. Pedro Prado es un joven chileno que hace acto de presencia en este espacio con su libro de poemas *La casa abandonada* y el joven bachiller y poeta uruguayo Julio Raúl Mendilaharsu lo acompaña con extractos de sus obras *Como las nubes* y *Deshojando el silencio*.

La segunda sección es “Nuestra página literaria”. La creación de la misma surgió a petición de los lectores de la revista quienes pedían que se dieran noticias de los autores extranjeros actuales y así tener un panorama más amplio del ámbito cultural europeo. Ejemplo de ello son el filósofo y poeta florentino Giovanni Papini con su obra *Il tragico quotidiano* y el joven literato francés Franz Toussaint con *Le jardin de Caresses*.

La tercera y última de ellas se titula “Notas” cuya finalidad es recibir la opinión de diferentes personalidades, periódicos y casas editoriales con relación a la *Revista de América*. Este apartado es sumamente interesante porque se comprueba el papel tan importante que tuvo este órgano cultural en el ámbito intelectual del continente americano y del continente europeo. Prueba de ello es el periódico *Cuba y América* de la Habana el cual transcribe la opinión acerca de esta publicación. El diputado a la Cámara Roque E. Garrigó manifiesta en una carta lo siguiente:

Cuando mi corredor de asuntos tuvo la ocurrencia de mostrarme como ‘asunto de mi continente’ la *Revista de América* y observé que se editaba en París, una oleada de indignación subió a mis labios, y protesté de la propia obstinación de convertir al Nuevo Mundo en inconsciente esclavo mental del viejo carcomido europeo. Y a no ser por un artículo de Juan Montalvo, de seguro no adquiero los dos primeros números llegados a esta Playa (...) Pudiera discutir mi preferencia por la Habana o Buenos Aires sobre París; pero aseguro después de leer estas páginas de la revista, que ese París en nada influye mentalmente a los criollos que la escriben ni a los riellos que la leemos (...) Los originales que se publican en la *Revista de América* se manipulan en París pero se piensan y se escriben en América; traen el sello indígena que separa la nuestra de todas las mentalidades, lo mismo en la mediocridad que en el genio.²⁵

Desde diferentes regiones llegan comentarios a esta sección de connotados periódicos como lo son *El Tiempo* y *El Siglo* de Montevideo, *La Crónica* de Bogotá, *El Fígaro* de la Habana, *Pallas* de Buenos Aires, *El Día* de La Plata, *La Prensa* de Lima, *Del Listin Diario* de Santo Domingo, *Letras* de Quito, *El Grito del Pueblo* de Guayaquil, *La Prensa* de Antofagasta, *El Mercurio* de Valparaíso, *Review of Reviews* de Londres, entre otros. Estos diarios puntualizan que la creación de la *Revista de América* ha sido elemento clave para el conocimiento mutuo en la vida cultural de las naciones latinoamericanas y de aquellos intelectuales radicados en Europa.

En la *Revista de América* se encuentran poemas de José Santos Chocano, Dr. Atl, Amado Nervo y Rubén Darío; estudios históricos y políticos como los de José Astorga, José Enrique Rodó, Juan Guixé y Carlos Lesca; reseñas culturales que abarcan cualquier expresión artística como la escultura, la música y la pintura. Aquí encontramos los comentarios de Enrique Gómez Carrillo, Hernán de Bengoechea y

²⁵ Francisco García Calderón, “Notas” en *La Revista de América*, vol. I, núm. 11 (1913), pp. 421-422.

Jean de Gourmount. Asimismo, esta publicación dio cabida a la libertad de expresión entre sus colaboradores concediéndoles espacio para aclarar sus afinidades y diferencias. Por ejemplo, José Ingenieros, asiduo copartícipe de la revista, publica una carta dirigida a su coterráneo Ricardo Rojas donde objeta lo que para él significa el nacionalismo en Argentina.²⁶ El escrito resulta realmente interesante pues para Ricardo Rojas el nacionalismo argentino es una restauración indianista pero para José Ingenieros es una instauración latina. La importancia de este pasaje se analizará en los capítulos posteriores.

Como puede observarse, Francisco García Calderón logró, aunque solamente en un periodo de dos años y en vísperas de la Primera Guerra Mundial, consolidar su obra creando un vasto campo de conocimiento recíproco entre América Latina y Europa, dando siempre prioridad a los intelectuales latinoamericanos. Eso fue precisamente lo que el pensador peruano intentó con este proyecto: unificar el pensamiento del hombre en un lenguaje universal no importando nacionalidad, credo, tendencia social, económica o política.

El panamericanismo. Su pasado y su porvenir

El año de 1915 inaugura un segundo ciclo de la producción intelectual de Francisco García Calderón que pertenece a la Primera Guerra Mundial y a la posguerra. En este periodo el pensador peruano dedica todo su entusiasmo a la evolución política de Europa y en este contexto aparece su artículo acerca de *El panamericanismo. Su pasado y su porvenir* el cual se publicaría en la *Revue Hispanique* (1916).

²⁶ José Ingenieros, "Nacionalismo e Indianismo" en *La Revista de América*, vol. II, núm. 14 (1913), pp. 185-194.

El estudio comienza con un breve análisis sobre las inquietudes que tuvieron todas las naciones del hemisferio por crear lazos comunes que las diferenciaron entre ellas mismas ya fuera por la raza, religión, idioma o fronteras y lograr el establecimiento de estas regiones. Surgen así el pangermanismo, el panserbismo, el paniberismo, el panislamismo, el paneslavismo y, por supuesto, el panamericanismo.

Francisco García Calderón tenía interés de argumentar contra la intromisión de Europa en América Latina. Para ello no se basaba en la defensa de la paz y la felicidad como argumenta la Doctrina Monroe. Como es sabido, la política del presidente Monroe era establecer las bases de la hegemonía de Estados Unidos en el continente americano.

Para el “pensador” peruano, Latinoamérica se desenvuelve en forma accidentada y lenta. Como consecuencia de su independencia, las jóvenes naciones entran en una etapa de confusión política y social, situación ineludible debido al orden anacrónico colonial heredado de la Metrópoli. Esta evolución de colonias a países libertados, a la cual Francisco García Calderón nombró como “la transición romántica”, devino en un periodo donde tenían que existir intereses comunes entre los países de América Latina. Pero es necesario señalar que Estados Unidos no podía estar fuera de estos planes puesto que en el momento de la independencia de estas regiones, el objetivo del país norteamericano era no permitir el restablecimiento del antiguo orden colonial de mercantilismo económico. Su objetivo era crear un método americano que se sustentara en las libertades civil, política y religiosa. Claro, no olvidando los principios liberales económicos. La finalidad era crear un monopolio comercial a nivel continental. El autor de *Las democracias latinas de América* y *La creación de un continente* atacó fuertemente esta política restrictiva. Sin embargo, en *El panamericanismo, su pasado y su porvenir* sus argumentaciones tomaron otro matiz.

En efecto, el pensador peruano hace un balance acerca de la doctrina del panamericanismo y reconoce que en un principio los planteamientos políticos norteamericanos no fueron muy alentadores para América Latina pero esto había cambiado. Lo que realmente cambió su percepción fueron los acontecimientos acaecidos en la Primera Guerra Mundial. Así, el “nuevo panamericanismo” izaba la bandera de esperanza y armonía.

Considero que la percepción de Francisco García Calderón hacia la política norteamericana del presidente Wilson estaba enfocada hacia una actitud verdaderamente positiva respecto del panamericanismo y en general, al proceder del hombre norteamericano: “La fe en el hombre libre, en la tolerancia y en la igualdad; el respeto a la energía; la jerarquía flexible; el individualismo corregido sin violencia, serán siempre, en el poder sajón de América, aspectos interesantes de la fuerza justa”.²⁷ Creía firmemente en este sistema que, según su opinión, podría hermanar a los países de América Latina. Prueba de ello, argumenta, fueron las Conferencias Panamericanas convocadas por el país del Norte cuya finalidad era mantener “unidos” a los países latinoamericanos: “Los congresos que inspira y dirige están destinados a crear motivos de íntimo acercamiento. Comercio y fraternidad, utilidad y lirismo, en curiosa asociación, razones geográficas y consideraciones políticas revisten al panamericanismo titubeante de nuevos y oportunos aspectos”.²⁸

Realmente Estados Unidos vivía la plena consolidación de su imperialismo, dominando regiones dentro y fuera del continente, algunas veces con fines geopolíticos y otras tantas por intereses comerciales y financieros convirtiéndose por

²⁷ Francisco García Calderón, “El panamericanismo. Su pasado y su porvenir” en *En torno al Perú y América*, Lima: Juan Mejía Baca, 1954, p. 284

²⁸ *Ibid.*, p. 254.

medio de este procedimiento impregnado de tenacidad en la nación más poderosa del mundo.

El wilsonismo

El wilsonismo (1920) es un ensayo redactado por Francisco García Calderón que aparece por primera vez en *La Biblioteca Latinoamericana* dirigida por Hugo Barbagelata y con una semblanza de Gonzalo Zaldumbide.

En las primeras líneas de *El wilsonismo*, Francisco García Calderón señala que el hecho de escribir en ese momento sobre la política del presidente Woodrow Wilson, implica convertirse “en un cortesano del desencanto” porque los grandes proyectos democráticos formulados por el entonces presidente de Estados Unidos habían declinado; Europa había hecho caso omiso a sus pretensiones de fraternidad mundial y su propio pueblo le reclamaba su excesiva imparcialidad ante el conflicto bélico. Por ello la opinión pública consideraba sus argumentaciones como un infortunado mensaje a pueblos viejos y cultos, obra de un maestro de escuela que se creyó superhombre. Asimismo, menciona que su constante avidez por un idealismo democrático tanto en Norteamérica como en el resto del mundo lo llevaron al fracaso de su ambicioso proyecto. El objetivo principal de Francisco García Calderón en este escrito es analizar la doctrina que Woodrow Wilson presentó a Europa como promotor de la paz en la Primera Guerra Mundial, basándose en un breve recuento de su vida personal y académica.

El estudio comienza con la anécdota de cómo el pensador peruano conoce a Wilson en la ciudad de New York. Wilson era entonces rector de la universidad de

Princeton, donde impartía cátedra en las áreas de historia y ciencia política. Menciona que su carácter avizoraba a un hombre hábil y enérgico así como demócrata pero con firme convicción en sus actos y decisiones. Estas cualidades, menciona Francisco García Calderón, eran fruto del entorno familiar y educativo en el cual se había desarrollado y concretado la personalidad del futuro presidente de Norteamérica. Para Wilson la justicia, el amor hacia a la humanidad y la igualdad de derechos humanos podrían ser adaptables a la sociedad norteamericana. Comenzó la aplicación de estos postulados bajo su dirección universitaria. Tal y como lo señala Francisco García Calderón, esta labor no fue nada sencilla:

Reformas prácticas que inquietan a los administradores de la universidad. El Presidente respeta los antiguos usos; pero lleva vino nuevo a los odres viejos. ¿Cómo se transmutará la universidad aristocrática en centro confuso donde se mezclan las clases y las ambiciones? Lentamente pierde su influencia el Presidente revolucionario. Princeton conservará su interesante arcaísmo.²⁹

En efecto, al no recibir el apoyo suficiente por parte de las autoridades universitarias para implementar un cambio radical, Wilson deja la rectoría de Princeton y vuelca todo su entusiasmo político y de reforma como candidato a la gubernatura de New Jersey (1912), representando al partido demócrata.

Francisco García Calderón expone algunos escritos de Woodrow Wilson como por ejemplo *Pueblo Americano* donde explica que el espíritu, el puritanismo inquieto y el idealismo del Este podía compenetrarse con la acción, la vida ardua, peligrosa y aventurera del Oeste para fortificar un Estado pleno y vigoroso. Tales argumentos son sólo un pequeño ejemplo de lo que Wilson deseaba para Estados Unidos.

²⁹ Francisco García Calderón, "El wilsonismo", en *En torno al Perú y América*, Lima: Juan Mejía Baca p. 306.

Los retos a los cuales se enfrentó Wilson fueron muy diversos pero ninguno más difícil como la Primera Guerra Mundial. Francisco García Calderón apunta que la posición neutral que la administración wilsoniana emitió en las primeras etapas del conflicto bélico causó grandes críticas a esta última por parte de la comunidad mundial: “Mientras Europa sangra, Mr. Wilson medita y escribe notas diplomáticas. ¿Por qué no interviene a favor de la paz? Exclamaban las almas miserandas”.³⁰

La expectativa de que el presidente norteamericano pronunciara alguna reacción positiva o negativa del conflicto bélico no era gratuita. Si su administración siempre había abogado por la democracia, la paz a la humanidad y hermandad entre los pueblos del mundo lo menos que se esperaba de él era una visión neutral. Tiempo después esta situación cambió radicalmente y se tradujo en ayuda para los países aliados. Francisco García Calderón señala que la decisión de apoyar a estos últimos no fue sencilla para Wilson pues él deseaba terminar con la guerra pero por medio de la razón y el entendimiento. Sin embargo, Estados Unidos se vio obligado a incursionar en el conflicto bélico en abril de 1917 cuando torpederos alemanes atacaron a buques norteamericanos. Tal decisión fue aplicada en el mayor momento de incertidumbre mundial donde no se sabía qué rumbo tomaría esta situación.

Sin duda alguna, es en ese momento donde el presidente norteamericano goza de mayor popularidad. Los *Catorce puntos* de Wilson resultaban un proyecto democrático pero existían antecedentes que, efectivamente, hacían pensar que el propósito de Estados Unidos implicaba algo más que la consolidación de la “paz mundial”.

³⁰ *Ibid.*, p. 312.

Algunos políticos progresistas y antiimperialistas de Estados Unidos, al igual que algunos latinoamericanos, creían que la llegada al poder de los demócratas en 1913 significaría un cambio esencial en la política latinoamericana del gobierno estadounidense pero tales esperanzas jamás se consolidaron.

El presidente norteamericano creía firmemente en que el orden constitucional era la base de la estabilidad política; insistía mucho en que el gobierno de los hombres buenos podía fallar al elegir de manera errónea a sus dirigentes. La visión de lo que él llamaba la Nueva Libertad respecto del continente americano consistía en un plan para unir a estas repúblicas americanas en una liga panamericana de no agresión y lucha mutua.

Wilson opinaba que las revoluciones se originaban porque hombres sin escrúpulos despojaban el poder a través de medios anticonstitucionales o porque la gente no podía votar en elecciones libres. Él trataría de combatir esta situación en América Latina, pero en esta región del mundo tal apreciación no era válida:

Como predicadores de la democracia [Wilson y Bryan] pensaron que podrían enseñar al pueblo mexicano, centroamericano y caribeño cómo elegir buenos dirigentes, establecer las instituciones democráticas y mantener la paz. Pensaron que podrían imponer criterios morales y democráticos en una región donde la revolución era una parte integrante del proceso político y la democracia una ficción.³¹

En efecto y, paradójicamente a lo que Wilson había repetido en varias ocasiones, bajo su administración la participación activa y militar de Estados Unidos en el Caribe y América Central, al igual que en México, fue superior que en cualquier

³¹ Arthur S. Link, *La política de Estados Unidos en América Latina (1913-1916)*, México: FCE, 1960, p. 20.

otro periodo de su historia. Esto se debió, en gran medida, por la guerra europea. Estados Unidos aplicaba con esto una especie de “freno” a la influencia del viejo continente en América Latina. Francisco García Calderón no era ajeno a esta situación y reconocía los errores cometidos por la administración wilsoniana:

Por primera vez surge un árbitro armado para juzgar a los Estados despóticos . Sin embargo, no es invulnerable la coraza del justo. Oprime a Santo Domingo, amenaza a México con la invasión y la conquista. Mr. Wilson me decía en París con admirable franqueza: ‘Comprendo que la América Española nos tema. La política de Mr. Roosevelt ha pesado terriblemente en nuestra historia. Yo os digo, en verdad os digo, que si un partido injusto amenaza a México, quiero que la Liga de las Naciones imponga a mi país moderación y prudencia’.³²

El resultado de esta exacerbación democrática de Wilson lo llevó, invariablemente, a generar su propio desprestigio político. Claro, no todo fue un fracaso ya que con respecto a los famosos *Catorce puntos*, el último de ellos fue aceptado por sus colegas para crear la llamada Liga de Naciones, aunque tampoco como él la imaginaba. Pero no todos los países podrían ver en Wilson al “redentor de la paz”, menos aquellos que se encontraban en una constante lucha por la hegemonía y el poder mundial.

La admiración de Francisco García Calderón hacia la política wilsoniana puede resultar un tanto incomprensible. A través de este ensayo se presentan contradicciones políticas generadas en la administración de Wilson que, lógicamente, no son premeditadas: “La autocracia, el imperialismo, el gobierno de clases explotadoras, de

³² Francisco García Calderón, “El wilsonismo”, *op. cit.*, p. 315.

intereses particulares, de coaliciones financieras, va a morir. Mr. Wilson se prepara a darle la última batalla con todas las fuerzas congregadas de su pueblo”.³³

Considero que lo anterior resume, en pocas palabras, los preceptos que Wilson trató de implementar en su política exterior pero resultó todo lo contrario. La respuesta a este argumento quizás es difícil de encontrar en el pensamiento del siglo XX. Woodrow Wilson sentía, verdaderamente, compasión por aquellas naciones que no lograban encontrar estabilidad política y democrática. En este orden de ideas, Francisco García Calderón encontró en la doctrina del presidente norteamericano una esperanza para constituir: “una civilización original, una ‘nueva experiencia humana’, tal es la significación de la América [sajona] su contribución en la caducidad de Europa y de Asia (...) para servir a la causa de la humanidad, para llevar la libertad al género humano”.³⁴

Tanto en *La Revista de América* como en *El Panamericanismo. Su pasado y su porvenir* así como en *El Wilsonismo* se manifiesta la importancia que Francisco García Calderón siempre mostró por los acontecimientos que marcaban de forma definitiva el curso de la historia mundial.

Probablemente *La Revista de América* sea el proyecto más ambicioso de Francisco García Calderón en cuanto que constituye uno de los órganos culturales más importantes de principios del siglo XX. La publicación significó un instrumento invaluable para dar a conocer América Latina en Europa. Pero también para que existiera un reconocimiento y, consecuentemente, una retroalimentación entre los pensadores latinoamericanos y su obra quienes, paradójicamente, no se conocían entre

³³ *Ibid.*, p. 308.

³⁴ *Ibid.*, p. 315.

sí a pesar de pertenecer al mismo continente y vivir una realidad política y social muy similar.

Es necesario recordar que el impulso común de toda una generación intelectual de América Latina radicada en Europa se manifestó en la creación de empresas editoriales semejantes a la citada anteriormente. Algunas de esas publicaciones, desgraciadamente efímeras, fueron *El Nuevo Mercurio* de Enrique Gómez Carrillo, cronista, novelista y ensayista guatemalteco; y la también llamada *Revista de América* de Rafael Agustín Zayas Enríquez, escritor, poeta, sociólogo y filósofo mexicano. Dentro de esta serie de publicaciones destacó, en gran medida, *La Revista de América* de Francisco García Calderón.

Es de particular importancia el artículo de *El panamericanismo. Su pasado y su porvenir* porque en él pueden encontrarse rastros de lo que será el tema central de estudio del presente proyecto de investigación y al cual se dará mayor énfasis en el capítulo siguiente: el americanismo y el nacionalismo. Francisco García Calderón expresa su inquietud por estas cuestiones a través de este escrito y alude que dicha problemática se manifiesta a partir de que las naciones latinoamericanas buscan autonombrarse pero al hacerlo caen en recurrentes contradicciones:

En 1864 se aspira a conservar al continente ‘una fisonomía particular’, es decir, la novedad de su régimen político, y una expresión contractual, todavía indecisa de tantos rasgos morales idénticos. A veces el sentimiento nacional, teme a estas vastas combinaciones de intereses: nacionalismo contra americanismo, guerra frecuente de dos principios, que se reduce al combate de la anarquía difusa con periódicos ensayos de organización.³⁵

³⁵ Francisco García Calderón, “El panamericanismo. Su pasado y su porvenir”, *op. cit.*, p. 248.

CAPITULO II

EL AMERICANISMO Y EL NACIONALISMO EN AMERICA LATINA

2.1 Surgimiento y propuesta del americanismo y el nacionalismo en América Latina

El proyecto editorial que representó *La Revista de América* fue un claro ejemplo de la tendencia americanista que distinguió a las primeras décadas del siglo XX. Es cierto que la temática de sus artículos es muy diversa pero el común denominador existente entre ellos fue la presencia del americanismo y el nacionalismo como categorías políticas. El americanismo representó el camino más factible para dar fisonomía a las naciones latinoamericanas. Por el contrario, el nacionalismo era visto con ciertas reservas ya que, por su naturaleza, representaba una corriente política restrictiva y personalista, todo lo contrario de lo que el profesaba el americanismo.

De acuerdo con la apreciación de Francisco García Calderón, el nacionalismo no implicaba un obstáculo para la conformación de las naciones latinoamericanas. El americanismo tenía que llevar la voz cantante en este desconcierto ya que, según el pensador peruano, este debía definir, cohesionar y dar personalidad a los países latinoamericanos. El nacionalismo, arguye, emplea como medios de solidaridad la conciencia de la tradición y la nación como base territorial y política. Finalmente, el nacionalismo tenía que estar supeditado al americanismo. Pero esto no fue un argumento sencillo de elaborar, sobretodo si se toma en cuenta la serie de confusiones que originaron los términos americanismo y nacionalismo en este periodo histórico de América Latina.

En este apartado se definirán los conceptos de *patria*, *nación* y *americanismo* de forma somera. No es nuestro objetivo hacer un análisis exhaustivo de los mismos. Sin embargo, no se puede hablar de la llamada “nación continental americana” si no se tienen en cuenta las categorías citadas anteriormente. Es una labor complicada ya que al especificar tales conceptos suelen coincidir en un punto: son nociones bastante complejas y han sido definidas desde diferentes perspectivas durante el transcurso de la historia contemporánea.

Patria

La noción de *patria* es más antigua que la de *nación* pero ambas se entrelazan y llegan a confundirse. En esencia, la *patria* evoca las ideas de territorio, de la ley, padres fundadores, libertad de acción política y Estado.

En el caso concreto de América Latina, el concepto de *patria* se manifestó en la época independentista cuando el ideal de los criollos era la creación del Estado propio el cual reconociera, admitiera y protegiera el nuevo sistema político establecido en la idea de la soberanía del pueblo y el principio de representatividad. La inquietud de los criollos por crear un criterio de unidad no era gratuita. Deseaban fervientemente desligarse del tutelaje español y sólo lo lograrían conformando un cuerpo jurídico lo suficientemente sólido para resistir los embates de esta separación que no fue nada sencilla: “Si el sistema tradicional había exigido y fomentado la relación personal con el monarca, la lealtad al Rey como persona que ejercía el poder, ahora se reclamaba la

lealtad a un sistema con disposiciones legales, es decir, una concepción abstracta del Estado”.¹

El acto de insubordinación por parte de las colonias americanas hacia la Metrópoli había llegado a un punto donde ya no era posible conservar la imagen omnipresente del soberano y donde la idea de *patria*, que también había sido un referente de lealtad personal hacia el monarca, se había transferido a la comunidad de ciudadanos:

El concepto de patria como objeto de lealtad [se había] usado a menudo en la declaración formal de obediencia y lealtad frente al trinomio ‘Religión, Rey y Patria’, aludía precisamente al amplio dominio de la monarquía española expresando la vinculación con la Corona y el Rey como ‘Padre Rey’ (...) ahora se reclamaba para sí la autoridad del *padre* [los líderes políticos] presentaron la patria al pueblo como nuevo punto de referencia de toda acción, mezclando así el aspecto espacial con el valorativo.²

Más allá del referente de independencia y desligamiento de la Metrópoli que encarnaba el concepto de *patria*, se tuvo que poner énfasis en la visión espacial que la comunidad y los dirigentes políticos tenían de sus respectivas regiones. Las disputas entre los nacientes territorios emancipados no se hicieron esperar porque para aquellos el concepto de patria era indisoluble del concepto de espacio. Por lo tanto, en ese momento, conservar y proteger *su espacio* era primordial. Pero tal pensamiento comenzó a transformarse cuando la gente y los dirigentes políticos comprendieron

¹ König, Hans J., *En el camino a la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada de 1750 a 1806*, Trad. de Dagmar Kusche y Juan José de Narváez, Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1994, p. 197.

² *Ibid.*, pp. 198-199.

que la división provocaba fragilidad ante el enemigo común, representado por la Corona española. Por lo tanto, los parámetros con que se concebía al territorio desaparecieron:

Patria conservaba un gran valor específico, pues ella también se asociaba al concepto de libertad, y esto significaba por ese entonces libertad frente al poder colonial principalmente. Patria y libertad eran nociones idénticas (...) el 2 de noviembre de 1812, cuando la República de Venezuela había sido destruida y el peligro de la invasión española amenazaba a la Nueva Granada, se puso de manifiesto, de manera especialmente clara esta relación y compromiso de cada individuo respecto a la libertad (...) la patria era el campo de acción de la propia entidad nacional (...) el patriotismo del movimiento nacional no era sólo un sentimiento patriótico vinculado al territorio, sino que representaba una política decisiva en el proceso de formación del Estado y de la nación de la Nueva Granada.³

El concepto de *patria* en este periodo histórico de América Latina sirvió para borrar del mapa la imagen y, como consecuencia, el recuerdo del Rey como eje rector de todo pensamiento y acción en las colonias de ultramar. Todo ello con la finalidad de crear una identidad propia y un Estado libre y autónomo en comparación con el Estado colonial y el consecuente detrimento que dicha administración había originado en los territorios americanos. Crear un órgano político y jurídico que fuese capaz de garantizar la paz y la seguridad en las fronteras e incentivar la legitimidad entre gobernantes y gobernados a través de un plan educativo para la comunidad eran fundamentos importantes para eliminar la segregación política y social de la cual había sido objeto parte de la comunidad colonial. Lo anterior implicaba el principal objetivo por parte del discurso criollo.

³ *Ibid.*, pp. 201-202.

La noción de *ciudadanía* fue un elemento determinante para lograr aquel propósito y estuvo claramente asociada a la posesión de una identidad nueva, es decir, una identidad americana, patriótica y nacional que desvinculaba a la comunidad de *ciudadanos* de la repudiada y negada Metrópoli:

Los criollos no adaptaron sin intención este término [ciudadano] Así, la libertad y la igualdad que los criollos reclamaban como garantía de las mismas posibilidades en el sector político y económico frente a la potencia colonial estuvieron comprendidas en el título de status ciudadano. Por medio de él no sólo se podían subrayar las metas y las cualidades particulares del nuevo Estado sino que también se podía crear una base de legitimación para el mismo.⁴

La *nación* nos remite a la madre nutricia, a la hermandad y la comunidad: “Es cierto que ambas nociones se interceptan en la ‘tierra’, pero mientras la patria se refiere a ella como condición o espacio ocupado, la Nación la evoca como situación o espacio vivido”.⁵ Los intentos por unificar a los territorios americanos y lograr instituir la llamada “nación continental” crearon grandes conflictos:

La nación como proyecto era, por lo tanto, lógicamente, la asimilación de comunidades y pueblos más pequeños en otros mayores. Esto no significaba necesariamente el abandono de lealtades y sentimientos antiguos, aunque, por supuesto, podría significarlo (...) debido a que la nación misma era una novedad desde el punto de vista histórico, era blanco

⁴ *Ibid.*, p. 276.

⁵ Luis Tejada Ripalda, “El americanismo: consideraciones sobre el nacionalismo continental”, en *Cuadernos Americanos*, num. 82 (2000), p. 185.

de la oposición de los conservadores y los tradicionalistas y, por consiguiente, atraía a sus adversarios.⁶

Los criollos comenzaron a enarbolar el concepto de *nación* sin dejar de lado los mecanismos necesarios que la fortificaran enormemente. No es raro que esto fuera así ya que ellos constituían un grupo minoritario frente a una diversidad de culturas y lenguas propias del llamado Nuevo Mundo, representaban una minoría ilustrada que compartía una identificación étnica y cultural que ellos consideraban similar al resto de los grupos sociales; no se sentían ajenos a la realidad de estos últimos y lograron integrarse a un pasado y una realidad en común. Es decir, en su discurso de libertad los criollos insertaron al indígena con el cual, según ellos, se identificaban porque también habían sufrido la opresión y la esclavitud durante tres siglos. La reivindicación indígena en el argumento criollo sólo fue retórica pura. Sin embargo, la visión de incluirlos en un proyecto común conformaba una historia compartida y una identidad nacional que daba pauta al principio del nacionalismo continental:

Todo parece indicar que inicialmente los criollos, en su deseo de independencia, rechazaron su desventurada identidad hispana y buscaron en lo indígena la base de la nación (...) Además en el pasado indígena había algo que ellos buscaban: el Estado histórico, unificador y poderoso, que actuando como criterio de unidad sobre la conciencia popular sirviera de base para la construcción de la proyectada Patria continental.⁷

Como se mencionó anteriormente, los términos *patria* y *nación* son fenómenos simultáneos que llegan a confundirse reiteradamente. En el caso de América Latina tal confusión se acentúa un poco más porque el establecimiento del estado-nación surgió

⁶ Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1870*, Trad. de Jordi Beltrán, Barcelona: Crítica, 1995, pp. 48-49.

⁷ Tejada Ripalda, "El americanismo: consideraciones sobre el nacionalismo continental", *op. cit.*, p. 192.

a partir del desmoronamiento político y económico de la Corona española. Lo que se pretendía era que los naturales de las recientes regiones emancipadas (indígenas y criollos) disfrutaran de su territorio y de las riquezas y beneficios que de él surgieran. Al buscar el surgimiento de la *nación* tenía que pensarse en la igualdad de todos los ciudadanos de los territorios americanos una tarea, sin duda alguna, muy difícil de lograr. Era impensable lograr la unificación sin igualdad de condiciones entre los individuos de una *nación* en gestación, los cuales tenían que franquear una serie de antagonismos económicos, políticos y sociales surgidos a través de tres siglos de vejación y resistencia. Por lo tanto, el factor primordial que sostenía el pensamiento criollo era el de la igualdad. Esto implicaba encontrar también la equivalencia frente al “pueblo inconsciente” que mencionaban las capas dirigentes; era encontrar el paralelismo frente al propio prejuicio que sentían los conquistadores hispanos ante los hombres de la Metrópoli, quienes venían como administradores a las Colonias y éstos, a su vez, sentían el mismo menosprecio por los españoles nacidos en América:

¿Cómo el patriotismo deviene en nacionalismo? El concepto de soberanía popular y el de nación se conforman simultáneamente [...] aceptado el concepto de soberanía como el nuevo resorte que movería toda la máquina ¿cómo hacer partícipes a unos y excluir a otros? Por más restringido que fuese el concepto de pueblo —y la membresía se definiese censitariamente— la igualdad original era el supuesto fundamental y, en consecuencia, la vía nacional se define como la aceptación de principios que igualen paulatina o aceleradamente, según sea el caso, a todos los miembros de una sociedad dada.⁸

La problemática que surgió entonces fue que el Estado se había constituido pero no la *nación*. La *nación* no implicaba un Estado que ejecutaba el poder sobre cierto

⁸ Ignacio Sosa, “De la patria del criollo a la idea de la nación hispanoamericana”, en *El nacionalismo en América Latina*, México: UNAM, 1984, p. 23. (Col. *Nuestra América*, 9).

territorio delimitado geográfica e históricamente desde el surgimiento del movimiento independentista hispanoamericano. Más aún, la evocación de la *patria* había quedado en el pasado y para ese entonces ya se concebía como una herencia histórica de recuerdos. Por el contrario, la *nación* representaba un proyecto visionario e incluyente y propugnaba la transformación de la sociedad a través de la igualdad entre sus habitantes así como la inclusión de la educación como base sustancial en dicha transformación. Para lograr esta evolución se recurrió a la creación de las historias nacionales en las distintas regiones americanas con el objeto de autonombrarse y despertar la conciencia colectiva al igual que una conciencia rica en tradiciones. Por lo tanto, la *patria* es la tierra de los ancestros y las proezas por ellos realizadas para ganar y preservar dicho terruño; la lengua y religión comunes quedan ahí, estáticas y conforman una admiración al pasado. La *nación* privilegia el interés de lo propio y lo colectivo ante lo ajeno y particular y es una actitud con perspectivas inmediatas y futuras.

Sin embargo, la falta de afinidad unificadora por parte de los territorios americanos se trasladó a la cuestión ideológica. En efecto, para los grupos dirigentes tradicionalistas, sólo los sectores cultos, “el pueblo consciente”, era quien formaba la *nación*. Esta cuestión fue uno de los principales retos a resolver por parte de los independentistas:

[...]integrar en la nacionalidad a la gran masa compuesta por los ‘elementos inconscientes’, hasta entonces alienados, se convirtió en el gran imperativo de la hora. En tal contexto, la extensión de los derechos cívicos y sociales a ese segmento mayoritario de la población, por una parte, y su incorporación

a un imaginario colectivo unitario, por otra, fueron las piedras basales de la aspiración integracionista.⁹

Las dificultades fronterizas también fueron un punto crucial en esta problemática. Algunos territorios conservaron y aceptaron su situación limítrofe después del tutelaje colonial pero otros se mostraron reacios a conservar la misma situación geográfica. Sin lugar a dudas, los vestigios de la Colonia perjudicaron en gran medida el anhelo unionista que, en un principio, enarbolaron los criollos quienes terminaron con una visión muy estrecha de lo que implicaba el concepto de *nación*.

Americanismo

La búsqueda y consagración de la fraternidad americana, objetivo primordial de los independentistas, fue concebida desde su origen por el pensamiento criollo y es sobre este fondo étnico-cultural que se ideaba la “nación continental”.

El *americanismo* tuvo las características de una *nación* aunque no se consideró como tal: “El americanismo aparece, en el decir de Ernest Renan, como ‘una gran solidaridad’ que se asienta en un pasado compartido y proyecta a los miembros hacia el futuro por el consentimiento mutuo de vivir juntos. El americanismo no es otra cosa que el nacionalismo continental. Es la expresión más coherente del nacionalismo en América”.¹⁰

⁹ Mónica Quijada, “La nación reformulada: México, Perú, Argentina (1900-1930)”, en Antonio Annino, *et. al.*, *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*, Zaragoza: iber-Caja, 1994, p. 571.

¹⁰ Tejada Ripalda, “El americanismo: consideraciones sobre...”, *op. cit.*, pp.189-190.

Así, la “nación continental” no era un territorio sino una comunidad con una historia compartida, elemento esencial que consolida al *americanismo* y que demuestra su vocación universalista. Esto queda de manifiesto cuando, en la etapa independentista, hombres de batalla luchaban contra la Metrópoli no sólo por su territorio, sino también por el de sus vecinos. Lo anterior ha sido uno de los principales factores que fortalecieron el sentimiento americanista pero sin duda alguna la presencia de Estados Unidos también tuvo un papel central en el contexto histórico de los pueblos americanos. España legó el papel de potencia invasora a Norteamérica y a partir de la Doctrina Monroe, cuya máxima fue *América para los americanos*, quedaban sentadas las bases no de una unidad de entendimiento y hermandad entre los pueblos de Norteamérica y sus vecinos sudamericanos, sino una innegable voluntad de dominación continental. A partir de la excusa ideológica del *manifest destiny*, Estados Unidos pretendió invadir el resto del continente americano y se proclamó así mismo como el redentor o pueblo elegido para eximir y llevar por el buen camino a los estados hispanoamericanos. Sin embargo:

La doctrina del nacionalismo afirma que no es cierto que un pueblo o una raza lleven el espíritu de la libertad, conozcan la senda del progreso o sean depositarios de las virtudes cívicas. La humanidad es un gigantesco campo de experimentación en el que distintos procesos nacionales tienen la misma importancia. El cosmopolitismo, el germanismo, el eslavismo y el destino manifiesto son expresión de la vocación ejemplar con la que distintos pueblos seguían su destino al tratar de imponer en la práctica la doctrina de gobierno universal con un solo gobierno y, en lo posible, un solo pueblo.¹¹

El discurso americanista tomó otro cariz e integró en sus principios el concepto de raza, cuestionamiento que había estado ausente en la primera etapa del

¹¹ Ignacio Sosa, “De la patria del criollo a la idea...”, *op. cit.*, pp.12-13.

americanismo. Es decir, se llegó a incluir al indígena como agente de integración en el proyecto independentista criollo pero esto fue en el inicio. Como es sabido, al indígena no se le incluyó en ninguna manifestación política práctica.

La discusión entre latinos y anglosajones originada en Europa tuvo profundas repercusiones en el continente americano. La controversia surgió a partir de tres acontecimientos que pusieron en tela de juicio la supuesta supremacía del mundo latino: la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870, la derrota italiana en Adua y la derrota de España en la guerra hispano-norteamericana de 1898. A partir de estos acontecimientos el objetivo del llamado “mundo latino” era recobrar la superioridad que había tenido a través de la historia de la humanidad.

Por obvias razones, los acontecimientos de la guerra hispano-norteamericana fueron los que tuvieron mayor repercusión en las regiones latinoamericanas. Sobre todo porque la facilidad con que la opinión pública incorporó esta visión racial de la guerra se debió, precisamente, a que la oposición entre latinos y anglosajones no era una novedad:

En el año de 1850, Torres Caicedo escribió acerca de la necesidad de estrechar los lazos entre las repúblicas sudamericanas para resistir los avances de los Estados Unidos en el área centroamericana. Lo que nos importa señalar con respecto a este escrito temprano, es que no se menciona en él la palabra ‘raza’. Seis años más tarde, en 1856, este mismo personaje hizo un llamamiento a que se construyese una Confederación de naciones de la América Española, en el que hablaba del peligro que acechaba a la ‘raza española’ en América a ser absorbida por la ‘raza sajona’ (...) Un poco más avanzado ese mismo año de 1856, Torres Caicedo hizo un segundo llamamiento a la unidad en un formato completamente distinto al anterior. Se trataba de un extenso poema titulado ‘Las dos Américas’ (...)

En la novena parte del poema aparecían las siguientes líneas: La raza de la América Latina/al frente tiene la raza sajona (...) En 1858 Torres Caicedo volvió a ocuparse del tema escribiendo acerca de las Repúblicas 'Latinoamericanas', y a partir de entonces utilizaría estos apelativos con asiduidad creciente.¹²

La apropiación del nombre de América Latina fue una determinación tomada por los pensadores de la época principalmente para hacer frente al inminente imperialismo norteamericano. Es decir, no fue una imposición de matices extranjerizantes, sino que esta denominación presentaba ciertas ventajas para el establecimiento de las naciones latinoamericanas. En primer lugar, y amparado bajo la visión racial de la época, el nombre de América Latina emitía una imagen totalizadora y ya no una cuestión puramente continental planteada en un primer momento y, en segundo lugar, América Latina se insertaba en la polémica mundial de pertenecer a una misma raíz "latina" y, en consecuencia, ser también un factor principal en el escenario de la superioridad racial y dejar de lado aquel alegato de naciones endebles y olvidadas en la civilización occidental.

José Martí, considerado como uno de los pensadores más renombrados del nacionalismo continental, adoptó el término América Latina para señalar la diferencia con la llamada Unión Americana y agregar otra característica propia del americanismo: ya no era solamente un conflicto étnico-cultural entre anglosajones y latinos, sino que incluyó el concepto de mestizaje y de identidad indígena como agentes de cambio en el ámbito histórico, social y cultural de lo que él llamó *Nuestra América*.

¹² Mónica Quijada, "Sobre el origen y difusión del nombre de 'América Latina' (o una variación heterodoxa en torno al tema de la construcción social de la verdad)", en *Revista de Indias*, vol. LVII, núm. 214 (1998), pp. 606-608.

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. A lo que es allí, donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante de América [es] el que sabe con qué elementos está hecho su país.¹³

José Enrique Rodó capturó perfectamente este problema a través de su célebre escrito titulado *Ariel* (1900). La imagen mecánica que Estados Unidos profesaba teniendo como único objetivo el progreso material, olvidando el desarrollo estético y espiritual de su sociedad lo hacían blanco perfecto de críticas por parte del escritor uruguayo, quien enaltecía dichos atributos en los pueblos de América Latina. Junto a José Enrique Rodó se encontraban otro grupo de escritores latinoamericanistas que llevaron el ideal arielista a Europa:

En efecto, en los comienzos del siglo XX, la obra de tales escritores como Rodó, Darío, Fombona, Ugarte, etc., refleja la unidad de Hispanoamérica frente a los Estados Unidos. Luis Monguió señala cómo la guerra hispanoamericana de 1898 y el asunto de Panamá de 1903 despertaron ese sentimiento de fraternidad hasta en los escritores modernistas más cosmopolitas (...) En esos años hubo toda una serie de campañas en las que se trataba de despertar la conciencia en Hispanoamérica ante esos peligros, como por ejemplo las dirigidas por el novelista venezolano Rufino Blanco Fombona o el cuentista Manuel Ugarte.¹⁴

¹³ José Martí, "Nuestra América" (1891), en José Martí, *Nuestra América*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1997, pp. 27-28.

¹⁴ Lily Litvak, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Barcelona: Puvill-Editor, 1980, pp. 85-86.

Sin lugar a dudas existían grandes afinidades entre los pueblos americanos pero esto no era suficiente para lograr un proyecto nacionalista continental. El distanciamiento entre sus miembros y, por ende, entre los nacientes países provocó una segmentación que convirtió a la nación americana en un mito. El *americanismo* fue una ideología que pretendía unificar a los estados latinoamericanos bajo una visión continental pero con el afán de lograr este objetivo olvidaron que: “En el discurso del nacionalismo, el sujeto por excelencia no es el individuo ni su credo. Por el contrario, la nación y el pueblo son consideradas las categorías fundamentales”.¹⁵ La finalidad del pensamiento criollo era privilegiar la igualdad entre los habitantes de determinado pueblo o territorio y otorgarles el papel de agentes de cambio en esta nueva visión integracionista de la nación. Por ello, la unificación continental quedó en el plano de una utopía sobre todo si se toma en cuenta que había muchos problemas a vencer a nivel de los diferentes Estados nacionales, ejemplo de ello era la cuestión racial, el problema religioso, la unificación económica entre las distintas regiones así como una débil estructura política y social que no lograron fraguar la nación continental.

¹⁵ Ignacio Sosa, “Nacionalismo y populismo, dos interpretaciones distintas de una experiencia única”, en *Política y Cultura*, num. II, (1998-1999), p. 21.

2.2 Coexistencia y contrastes en el proceso de ambos fenómenos

Semejanzas

En el punto anterior se definieron de forma sucinta los términos americanismo y nacionalismo. En este apartado se expondrán los puntos en los que ambos fenómenos se juxtaponen y, asimismo, los puntos en los que se diferencian uno de otro.

El nacionalismo y americanismo latinoamericanos fueron fenómenos políticos que representaron en determinado momento histórico vías alternas para lograr la unificación de las incipientes regiones americanas. Ambos gozaron de gran popularidad como elementos clave capaces de cohesionar sociedades disgregadas por tres centurias de dominación colonial y fueron tomados como estandarte para afrontar las consecuencias lógicas que implicaba el desligamiento de un Imperio. Pero también fueron objeto de críticas y discrepancias considerándose no aptos para los cambios sumamente contrastantes que surgían entre las regiones americanas.

El periodo posindependentista se caracterizó por dos situaciones particularmente interesantes las cuales son necesarias para comprender la concomitancia del nacionalismo y el americanismo. La primera es la inevitable diferencia entre los grupos sociales que originaron el concepto de nación y la segunda es la supuesta homogeneización de la población en los ámbitos de la religión, la lengua, la tradición y la mezcla racial que dieron paso al surgimiento del americanismo. Estas apreciaciones complicaban la perspectiva que de sí mismos tenían los habitantes de las regiones americanas. Por un lado se sentían “hermanados” con una tradición legada por la Metrópoli la cual consistió en crear el imaginario de una sociedad

uniforme y, por el otro, estaban los hechos indiscutibles de que existía en ellos una realidad donde no había cabida para una sociedad homogénea.

El panorama era en verdad desconcertante pero tanto el nacionalismo como el americanismo se compenetraban inevitablemente: “¿En qué circunstancias surge el sentimiento nacional y cuál es su significado? El sentimiento nacional está fundamentado en el original sentimiento americano que busca la independencia de España. Su patria era América y su bandera liquidar la estructura social, política y económica de la colonia”.¹⁶ Esta es una de las características que compartían ambos fenómenos: liquidar cualquier conexión que pudiera unir a las regiones americanas con la Metrópoli y crear un sentimiento de unidad a veces nacional, a veces continental.

Otra característica semejante entre el nacionalismo y el americanismo es aquella donde la nación privilegiaba sobre la noción de territorio los vínculos histórico-políticos y cuya particularidad esencial era enarbolar la conciencia colectiva sobre cualquier personalismo. El americanismo compartió esta visión cuando formuló la idea de la “nación continental”. En ese momento había quedado claro que el concepto de comunidad había desbancado al de territorio, así lo concibió el nacionalismo y así lo asimiló el americanismo pues la historia compartida era su indicador universal.

Asimismo, el conflicto racial y el consecuente mestizaje fueron dos problemas fundamentales que abordaban ambas categorías. Sin duda alguna estos temas han sido

¹⁶ Ignacio Sosa, *Conciencia y proyecto nacional en Chile: 1891-1973*, México, UNAM, 1981, p. 22. (Col. *Sumario*).

dos problemáticas fundamentales y recurrentes en la historia de América Latina. En el periodo que comprende este estudio dichas cuestiones toman una relevancia muy importante puesto que a partir de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX surge la gran inquietud de pensadores americanos por abordar esta complicada situación así como, primordialmente, las consecuencias sociales y culturales que desencadenaba en el continente americano:

Conviene recordar que, en el contexto de los conceptos de ‘nación’ que eran hegemónicos en la época, cuestiones tales como las dudas sobre la capacidad de ciertos grupos humanos para la modernización, o dificultades opuestas por una sociedad multiétnica al imperativo de la homogeneidad, implicaban problemáticas tan graves como el cuestionamiento de la propia construcción nacional. Este es el trasfondo, por ejemplo, de la muy distinta posición que ocupó el indígena en las polémicas positivistas en los ámbitos de estructura sociológica tan diferente como México y Argentina, a pesar de estar ambos sujetos al impacto de las mismas ideas raciales.¹⁷

Simón Bolívar, José de San Martín (considerados como los libertadores de América) o bien, José María Torres Caicedo, José Martí, José Enrique Rodó, Carlos Octavio Bunge, Manuel Ugarte, Alcides Arguedas, Francisco García Calderón, José Ingenieros, Ricardo Rojas, son sólo algunos personajes que trataron de descifrar esta complicada situación desde sus propias y diversas concepciones.

¹⁷ Mónica Quijada, “En torno al pensamiento racial en Hispanoamérica: una reflexión bibliográfica”, en *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 3, núm 1 (1992), p. 124

El factor contrastante, o bien, de extrema tensión entre el americanismo y el nacionalismo tenía sus orígenes en la endeble noción de la unidad americana y la consecuente intromisión del imperialismo norteamericano. Es decir, conforme la presencia de Estados Unidos se hacía más evidente el fenómeno del americanismo afianzaba sus raíces como un rechazo ante tales acontecimientos y, paralelamente, funcionaba como un movimiento o un pensamiento reivindicativo y unificador. Pero en esta vorágine de sucesos se intercalaba el concepto de nación. Antes del movimiento independentista lo que estaba en gestación eran las *patrias* y no las *naciones*, después de él surgía el concepto nacional, la *nación*.

El meollo del asunto era la confusión entre lo que implicaba un proyecto nacionalista ante un proyecto patriótico. Los criollos enarbolaron el primero con todas las características del segundo, es decir, su prédica se fundamentaba en dar prioridad al Estado, entendido este como manifestación territorial y político-administrativa, y no a través de una comunidad histórica, la cual abarcaba un enfoque social y cultural propio de la nación. Tal confusión se acrecentó cuando los “libertadores” asentaban la existencia de la nación americana a partir de la lengua, la religión y la raza las cuales consideraban como “tradiciones comunes entre los pueblos americanos”. Esta situación explica que, en un primer momento y después de concluidas las guerras de Independencia, el americanismo haya quedado estático como ideal unificador:

El cumplimiento de las tareas nacionales es obra de sucesivas generaciones que rompen con el limitado planteamiento criollo (...) es evidente que el ideal [del patriotismo] se realizará en una etapa futura y que en el pasado

histórico mexicano, así como en el hispanoamericano, sólo se ha dado la existencia de agregados patrios divididos, siendo el más importante, en el siglo XIX, el del grupo criollo.¹⁸

El americanismo pervivió a pesar de lo citado anteriormente. Su manifestación más clara se dio a la par de la presencia de Estados Unidos en la historia de América Latina. Primero con la política de James Monroe y, después, con las sucesivas invasiones que sufrieron algunos países centro y sudamericanos durante el siglo XIX y parte del siglo XX. Precisamente, dichas invasiones así como la dominación económica y la segregación racial robustecieron enormemente la conciencia nacional continental. Es entonces cuando el americanismo se convierte en la otra cara de la moneda del panamericanismo y los territorios sudamericanos se autodenominan como *América Latina* con la finalidad de diferenciarse de lo que entonces comenzó a llamarse “América del Norte”, del que es un claro ejemplo la publicación y el enorme éxito editorial del *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó.

Sin embargo, la idea de crear una nación continental no pudo concretarse. Así, el nacionalismo continental se convirtió en una utopía. Las disconformidades entre los territorios latinoamericanos no lograron cimentar el anhelado propósito totalizador. Teóricamente sí existió una comunidad histórica societaria pero no pudo manifestarse prácticamente en los territorios sudamericanos. Esto es más esclarecedor cuando tales diferencias no eran solamente a nivel continental. Es decir, se quería establecer un nacionalismo continental cuando ni siquiera estaban del todo de acuerdo algunos pensadores latinoamericanos en cuanto a qué tipo de nacionalismo sería conveniente para sus países. El más claro ejemplo lo representa Argentina. Como se mencionó en el primer capítulo de esta investigación existe un artículo que nos ayuda a comprender

¹⁸ Ignacio Sosa, “De la patria del criollo a la idea de nación hispanoamericana”, *op. cit.*, p. 31.

y ejemplificar con mayor profundidad esta problemática. José Ingenieros envió una carta a Ricardo Rojas a través de *La Revista de América* titulada “Nacionalismo e Indianismo”. El contenido de este escrito afronta las categorías sustanciales que se abordan en este proyecto de investigación: la patria, el nacionalismo, el americanismo, la latinidad y el mestizaje.

José Ingenieros comienza su epístola explicando a Ricardo Rojas que comparte con él la avidez de enaltecer el sentimiento patriótico y el fervor de reconocer que, en un primer momento, el nacionalismo argentino era considerado como “indianista”, denominado así por tener en sus cimientos la ideología del pensamiento hispano-indígena, es decir, criollo. Sin embargo existen puntos en los cuales tales aseveraciones se bifurcan, en esencia, son las diferentes visiones que ambos pensadores tienen acerca del nacionalismo. Para José Ingenieros el nacionalismo argentino es una “instauración latina” mientras que para Ricardo Rojas implica una “restauración indianista”. En dichas concepciones se inserta el tema del mestizaje.

En efecto, el libro escrito por Ricardo Rojas intitulado *Blasón de Plata* (1912) pone el dedo en la llaga en el devenir histórico argentino ya que pretende no olvidar que la historia primaria de las tierras australes tuvo en esencia a los pueblos aborígenes y cuyo legado cultural fue sepultado como consecuencia de las grandes oleadas inmigratorias que invadieron el sur del continente americano, acontecimiento que tenía como finalidad constituir una nueva sociedad. Los primeros capítulos del texto citado son una apología a la cosmogonía de los pueblos nativos del sur y donde se manifiesta una notable tendencia del escritor argentino por reivindicar el estado primigenio de la cultura argentina. A través de este libro Ricardo Rojas abogaba para que la gente de su país no olvidara su conciencia histórica y territorial:

Hemos creído que la vida nacional comenzó en el instante preciso del 25 de mayo, y que la nueva sociedad creada por la revolución era totalmente distinta de la sociedad colonial. Con igual extravío de criterio y falta de información, hemos creído que los elementos de las sociedades indígenas no sobrevivieron al descubrimiento, y que las nuevas sociedades creadas por la conquista eran exclusivamente españolas. Atentos á los cambios dramáticos del progreso, nadie quiso escrutar, dentro de las movibles formas externas, la corriente silenciosa intrahistórica, permanente, de nuestra verdadera civilización argentina (...) Igualmente ese pueblo, que tardó tres siglos en constituir su conciencia colectiva, no tenía por únicos antepasados al grupo escaso de conquistadores y colonos, sino á éstos y á los millares de indios anónimos que les ayudaron á abrir caminos, á fundar ciudades [...] La tierra argentina, esa era nuestra madre común —tálamo y crisol de la raza. Por consiguiente, es el indianismo donde ha de buscarse el origen y continuidad de nuestra historia.¹⁹

Este punto de vista no podía ser compartido por José Ingenieros: “Vínome este pensamiento, de entero formado, al leer tu ‘Blasón de Plata’; en él, más que en la Restauración, he sentido hondo tu ‘indianismo’, como doctrina y como ideal”.²⁰ Esta idea no se relacionaba con alguien para quien la superioridad del hombre blanco no podía ser impugnada; de acuerdo con la interpretación de Martín Stabb sobre José Ingenieros:

Siente que es cosa aceptada que la historia prueba la superioridad del hombre blanco, que la derrota del indio por el europeo es prueba de evolución del hombre blanco [...] cree además que las ‘razas inferiores’ no evolucionarán nunca hasta perder su status inferior; más bien se

¹⁹ Ricardo Rojas, *Blasón de Plata: meditaciones y evocaciones de Ricardo Rojas sobre el abolenjo de los argentinos*, Buenos Aires: Librero, 1912, pp. 219-220.

²⁰ José Ingenieros, “Nacionalismo e Indianismo”, en *Revista de América*, vol. II, núm. XIV (1913), p. 190.

desvanecerán no más en la lucha por la vida [...]duda que pueda considerarse a los miembros de las razas de color política y jurídicamente iguales a los blancos.²¹

Ingenieros pensaba que el nacionalismo argentino significaba la “instauración latina” ya que retoma los postulados de la latinidad donde el mundo europeo (propiamente Francia, España e Italia) era considerado como el faro de la civilización universal. Ratificaba un hecho irrefutable: el hombre “nativo” estaba extinto en la Argentina, por lo tanto, los emigrantes europeos que llegaron a territorio austral marcaban de una forma muy particular el transcurrir histórico de la incipiente nación sudamericana. Pero no solamente era una cuestión racial. Ingenieros objetaba que los grupos dominantes conformados por los hispano-indígenas y sus descendientes habían sumido a la naciente sociedad argentina en un retraso social, económico y político que dejaba mucho que desear:

El ‘indianismo’ sigue representado por las oligarquías –una porteña y catorce provincianas– que usufructúan del poder político y del funcionarismo. El ‘europeísmo’ en los hijos y nietos de los segundos colonizadores, representa las fuerzas más vitales de la nacionalidad en formación, que es latina y no indiana (...) ¿Crees, por ventura, que los descendientes de los hispano-indígenas tendrán el monopolio del patriotismo? ¿Encuentras menos argentinos a los descendientes de la segunda colonización? No me parece. Los de la primera conciben el ‘nacionalismo’ como una conservación de sus monopolios de casta contra los de la segunda: defienden sus privilegios feudales, en el funcionarismo político y administrativo. Nada más tiene la ventaja de cincuenta o cien años de arraigo, que vale decir el minuto en la historia de una raza: dentro

²¹ Martín Stabb, “El continente enfermo y sus diagnosticadores” en *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano 1890-1960*, Trad. Mario Giacchino, Caracas: Monte Ávila, 1967, pp. 49-50.

de otro minuto la ‘europeización’ del país borrará los rastros del ‘indianismo’ feudal.²²

Ahora bien, aquel concepto de Ingenieros se mezclaba con un elemento biológico, sí, pero también educativo. En efecto, Ingenieros encontraba el origen del problema en la raza y lo que ella podía generar en cualquier nivel de la sociedad. En la siguiente nota se evidencian algunas consecuencias que se derivan a partir de esta interpretación:

Todos los países no son Patrias; estas dejan de serlo en ciertas épocas de rebajamiento moral, cuando se eclipsa todo afán de cultura y se enseñorean viles apetitos de enriquecimiento (...) Sin Patria no hay nacionalismo, no puede haberlo; este sentimiento colectivo (...) sólo es posible en la medida en que aquélla se forma. Mientras un país no es Patria, sus habitantes no constituyen una nación. El sentimiento de la nacionalidad sólo existe en los que se sienten acomunados para perseguir un ideal (...) Cuando los intereses de la mediocridad sobrepónense a los ideales de los espíritus cultos, que constituyen el alma de una nación, el sentimiento nacional se corrompe: la Patria es explotada como una Empresa (...) Los ciudadanos vuelven a la condición de habitantes. La Patria a la de país.²³

José Ingenieros creía firmemente que la potencialidad y el ingenio de una persona radicaba en sus genes (en este caso, europeos). Desdeñaba la posibilidad de que el ser humano adquiriera una cultura y educación a través del adoctrinamiento, como algunos argumentan “eso ya se trae en la sangre”. Y esta aseveración era totalmente errónea para el nacionalismo que se gestaba en esos momentos. La visión

²² José Ingenieros, “Nacionalismo e indianismo”, *op.cit.*, pp. 192-193.

²³ *Ibid.*, pp. 186-187

recalcitrante de Ingenieros le impedía ver otra alternativa para consagrar el nacionalismo argentino. Sin embargo, es necesario señalar que su pensamiento se basaba en una particularidad del país sudamericano:

El término clave de este proceso no fue en la Argentina el de ‘mestizaje’, sino el de ‘fusión, ‘crisol’ (...) Una vez más se confirió a la educación el papel de herramienta básica de la asimilación. Por eso, la voluntad integracionista puso énfasis especial en la labor sobre los hijos de los inmigrantes, esa segunda generación que por razones obvias se hallaba en una mejor situación que sus padres para incorporarse en un organismo llamado ‘nación’. Su ámbito de proyección fue la escuela primaria pública, donde diariamente se celebraban intensas liturgias cívicas destinadas a consolidar, en los hijos de inmigrantes, la conciencia de pertenecer a una patria y compartir con ella una tradición y un destino, a partir de una especificidad colectiva encarnada en ‘la argentinidad’.²⁴

Al respecto, los comentarios de Julia y Delfina Bunge especifican cómo los libros de lectura infantiles sirvieron a este propósito de construcción de la nación: “Son excelentes estos pequeños libros para la niñez. No imitan ciegamente libros extranjeros. Se adaptan a la escuela argentina, y abundan en ellos los recuerdos patrióticos. Pueden servir de modelo en la renovación pedagógica que va realizándose en América”.²⁵ Lo anterior es un claro ejemplo de la línea que seguían los forjadores de las naciones hispanoamericanas para instituir, por medio del Estado, la enseñanza masiva como factor preponderante para alcanzar y cimentar la construcción de las naciones hispanoamericanas.

²⁴ Mónica Quijada, “La nación reformulada: México, Perú, Argentina (1900-1930)”, *op. cit.*, p. 580.

²⁵ Julia y Delfina Bunge, *El arca de Noé*, Libro de Lectura, Segundo y Tercer grado, vol. 2. Dibujos y acuarelas de G. Santos, Buenos Aires, 1912 (sección Libros Recibidos) en *La Revista de América*, vol. I, núm. XI (1913), p. 37.

José Ingenieros no desiste de su posición tendiente a “blanquear” la sociedad argentina argumentado que Sarmiento compartía esta idea de la instauración de una nación latina basada en el elemento europeizante y quedó demostrada en la obra de este último denominada *Civilización y Barbarie*. Sin embargo, la postura de Sarmiento es objetada por Ricardo Rojas quien no solamente enfatiza que dicho estudio corresponde a un periodo restringido de la historia argentina, sino que antepone a ello su propio concepto de lo que implicaba la civilización y la barbarie:

(...) pero este dilema no puede satisfacernos ya (...) expresa, en fin, un juicio, ‘europeo’ puesto que transpira desdén por las cosas americanas, y nosotros queremos ver nuestro pasado como hombres de América. Bárbaros, para mí, son los ‘extranjeros’ del latino: y no pueden serlos quienes obraban con el instinto de la patria —así fuera un instinto ciego. Por eso yo diré en adelante: ‘*el Exotismo y el Indianismo*’, porque esta síntesis que designa la pugna ó el desacuerdo entre lo importado y lo raizal, me explican la lucha del indio con el conquistador por la tierra, del criollo con el realista por la libertad, del federal con el unitario por la constitución —y hasta del nacionalismo con el cosmopolitismo por la autonomía espiritual. Indianismo y exotismo cifran la totalidad de nuestra historia, incluso la que no se ha realizado todavía.²⁶

José Ingenieros termina su escrito mencionando que él es hijo de un oscuro periodista italiano y Ricardo Rojas de un señor feudal: “En tu sangre indiana está la razón de ser de tu indianismo; en la mía latina está la de mi latinismo. Tu credo

²⁶ Ricardo Rojas, *op. cit.*, pp. 163-164.

representa la aspiración de una vieja Argentina feudal que se extingue; mi nacionalismo de una nueva Argentina que se va europeizando”.²⁷

En algo estaban de acuerdo ambos escritores y eso era la implantación del nacionalismo argentino. Si para Ingenieros el nacionalismo debía tener una raigambre latina y para Rojas tenía que implantarse a partir del indianismo, tales posturas estaban determinadas por los acontecimientos históricos propios de la época. Lo anterior es sólo un ejemplo de la importancia que tuvo este problema en la formación de los Estados latinoamericanos.

En esta época, los conceptos del nacionalismo y el americanismo estuvieron relacionados íntimamente con la cuestión racial. Las implicaciones sociales y políticas de esta composición demuestran la etapa de gran inestabilidad que vivieron las naciones latinoamericanas en su periodo posindependentista confluyendo en este torrente de abruptos acontecimientos las categorías del nacionalismo y el americanismo, ambos considerados como factores clave en el proceso histórico de América Latina.

²⁷ Ingenieros, "Nacionalismo e indianismo", *op. cit.*, p. 194.

CAPITULO III

LA VISION NACIONALISTA CONTINENTAL DE FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

3.1 *Propuesta integradora en América Latina*

Francisco García Calderón escribió dos libros intitolados *Las democracias latinas de América* (1912) y *La creación de un continente* (1913), cuya traducción al español sucedió muy tardíamente (1976) y han sido considerados como obras de gran trascendencia por desentrañar los aspectos económicos, políticos y sociales del continente americano reafirmando con ello un periodo de inquietud intelectual donde grandes pensadores contemporáneos suyos tales como Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Rufino Blanco Fombona, José Ingenieros, Justo Sierra, Pedro Henríquez Ureña, entre otros, preguntaban por el devenir histórico de América Latina. Básicamente, el estudio elaborado por Francisco García Calderón consiste en mostrar estos planteamientos al mundo intelectual europeo, propiamente a Francia. Debido a los alcances e importancia de su contenido estos volúmenes se tradujeron inmediatamente en inglés y alemán.

El proceso de elaboración de los mismos sigue una metodología semejante. Comienzan con una breve introducción para después dar paso a una serie de apartados que él denomina *libros* los cuales, a su vez, están integrados por un determinado número de capítulos que van perfilando el objetivo de dichas secciones. Estos libros fueron pensados previo al acontecimiento que cambiaría la visión del mundo: la Primera Guerra Mundial, llamada por los pensadores de la época como la “Gran Guerra”. Se pensaba que sería el suceso beligerante más relevante del siglo XX, tiempo después se sabría que esto no era así. Paralelamente a estas circunstancias desde la ciudad parisina comienza la edición de la *Revista de América*. Así, los meses

comprendidos entre 1912 y 1913 fueron de suma importancia en la creación intelectual de Francisco García Calderón. En sus escritos encontramos tres características esenciales y recurrentes: la argumentación de los hechos, la objeción de los mismos y las posibles propuestas o vías alternas para modificarlos.

La Gran Guerra marcó el pensamiento de García Calderón ya que mantuvo una posición ambigua antes y después de tal suceso. Estados Unidos pugnaba contra todo para lograr una posición hegemónica en el mundo imperialista; eso era sabido por todos. La crítica a esta política coercitiva era el tema recurrente en aquel momento, sobretudo en América Latina por la proximidad geográfica entre estas regiones. En tal contexto García Calderón afirmaba que:

La presión moral de los Estados Unidos es omnipresente, la República imperialista y maternal toma cartas en todos los conflictos internos de las democracias de lengua española. Suscita o ahoga revoluciones (...) Usa y abusa de un privilegio que no se puede contrarrestar. Para proteger mejor a los iberoamericanos, alzó orgullosas columnas de Hércules contra la ambición del viejo mundo (...) Naturalmente, en las relaciones entre los Estados Unidos y las naciones del Sur, no siempre los actos corresponden a las palabras (...) El orgullo yanqui crece parejo con sus riquezas y el aumento de su población y el sentimiento patriótico alcanza tal intensidad que se transforma en imperialismo.¹

Francisco García Calderón aceptaba la imparcialidad que en un principio mostró Estados Unidos hacia América Latina, se refería básicamente al movimiento

¹ Francisco García Calderón, *Las democracias latinas de América* (1912), prólogo de Luis Alberto Sánchez y cronología de Angel Rama y Marlene Polo, Trad. de Ana María Delaitre de Jullian, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979 (Col. *Biblioteca Ayacucho*, 44), pp. 163-164

independentista. Sin embargo, señalaba que aquella posición neutral tomó otro cariz y los postulados de paz que pregonó Washington fueron sustituidos por el monroísmo, que de ser una política defensiva dio paso a una política de intervención en el ámbito continental y mundial estimulada por Roosevelt, el político del *big stick*. Estas estrategias se avizoraban con proyectos económicos estadounidenses a través de los cuales se establecían monopolios de diversa índole en América Latina.

En *La creación de un continente* encontramos una disertación sobre la política norteamericana pero a través de un estudio comparativo entre el panamericanismo y el paniberismo. El panamericanismo no logró conformar la unificación que ansiaba Estados Unidos con respecto a América Latina. No hubo una correspondencia favorable en los Congresos que exhortaban la compenetración de las naciones americanas con el vecino país del norte. Al respecto Francisco García Calderón dedujo que solamente convenía a las democracias latinoamericanas un panamericanismo económico, aunque en ciertas ocasiones parezca un tanto impreciso este planteamiento:

Los norteamericanos han transformado Cuba y Panamá: obras de progreso material, higiene, orden financiero surgen repentinamente en la tierra discordante e insalubre. No les satisface la preponderancia: ambicionan el monopolio, y esa severa dependencia encierra el más grave peligro para las débiles naciones del Sud.²

El progreso económico al cual se refiere García Calderón se basaba en una sociedad sumida en un ambiente de sojuzgamiento y libertinaje social propios de la idiosincrasia norteamericana. En ese momento los ámbitos de educación, vida

² Francisco García Calderón, *La creación de un continente* (1913), prólogo de Luis Alberto Sánchez y prólogo de Angel Rama y Marlene Polo, Trad. de Ana María Delaitre de Jullian, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979 (Col. Biblioteca Ayacucho, 44), p. 236.

intelectual y política del panamericanismo no tuvieron buena recepción en el pensador peruano. Sin embargo, tres años después y a mediados de la Primera Guerra Mundial, se observa claramente un cambio en la postura de García Calderón tendiente hacia la política norteamericana. Eran tiempos en los cuales se buscaba la redención de los valores perdidos a partir del momento beligerante y desolador que aquejaba al mundo. No había cabida para posiciones derrotistas o vengativas. Por el contrario, se quería ver luz en un túnel sin salida y para el pensador peruano esa posibilidad de clarificar lo turbio estaba en la política panamericanista del año 1916:

[...] se deriva un activo panamericanismo, teoría y realidad militante, práctica cruzada y apostolado romántico (...) Si en la historia del último siglo prevaleció con frecuencia la violencia sobre la unión y el avance del pueblo más fuerte se transformó en conquista, al desarrollar su ambición panamericana, los Estados Unidos anuncian que concluye la era de la política injusta y que en la nueva federación moral es virtud esencial el consentimiento (...) Mientras que en el panamericanismo ideal, libre de antiguos apetitos, fraternales repúblicas construyen una asociación económica y moral, formulan aspiraciones de libertad y de paz (...) En vez de fundar las direcciones de su posible intervención en un americanismo cardinal, se invoca 'una amplia filantropía', ilimitado sentimiento de humanidad sin geográficas restricciones.³

Con la argumentación anterior se evidencia el cambio de posición de García Calderón en torno a la política norteamericana sucedida en 1916. Pero retomemos su primera tendencia que se podría denominar como antiimperialista. Él argumentaba que la educación utilitaria no encajaría en el desarrollo de estas democracias, la creación intelectual siempre había provenido de Francia y España, y la política

³ Francisco García Calderón, "El panamericanismo, su pasado y su porvenir", en *En torno a Perú y América*, Lima: Juan Mejía Baca, 1954, pp. 240-241.

estadounidense había mermado toda intención de ejemplo a seguir. De tal manera que:

Geográficamente, es el panamericanismo una ficción que da a la vecindad territorial una significación trascendente y desdeña todos los antagonismos de raza y religión, lengua y tradiciones. Si ha sido nefasta la influencia de su sistema político, su acción futura encerrada dentro de límites precisos, puede transformar el continente meridional. No será peligrosa la influencia neosajona, si el continente español busca afanosamente el equilibrio de todas las influencias civilizadoras. Contra agresiones del Norte, el oro y la gente de Europa; contra el Viejo Mundo agresivo, la intangible doctrina de Monroe, Colonias 'sin bandera' que transformen la raza y se opongan al monopolio yanqui; capitanes de industria que traigan de los Estados Unidos el capital fecundante y luchen contra el banquero de Londres y el exportador de Hamburgo. Mientras se empeñan estas útiles batallas podrán las informes democracias unirse, armarse y rechazar el ataque de todos los imperialismos.⁴

La ruta idónea para concretar el “mundo latinoamericano” estaba representada por el paniberismo producto del pensamiento español, es decir, de una de las tradiciones primigenias que conformaban al continente americano. Pero para García Calderón eso no era suficiente ya que a ojos de España, nuestras naciones eran lejanas y distintas, el indígena era un personaje de zarzuela. Económicamente hablando, América Latina no podría encontrar un mercado semejante al representado por los capitales estadounidense, inglés, alemán y francés.

Podrían existir diferencias en cuanto a la política ejercida por el paniberismo pero no tan diametralmente desiguales como los supuestos que propugnaba el

⁴ *Ibid.*, pp. 238-239.

panamericanismo. A pesar de esto, la postura de Francisco García Calderón era la de encauzar el progreso de las democracias latinoamericanas hacia el amparo de Europa:

Europa ofrece a las democracias latinoamericanas lo que éstas piden a la América sajona, ella misma formada en sus escuelas. Encontramos espíritu práctico, industrialismo y libertad política en Inglaterra; en Francia, inventiva, cultura, riqueza, grandes universidades, democracia. El nuevo mundo latino debe recibir directamente de estos pueblos el legado de la civilización occidental.⁵

En efecto, en la constante inquietud de “autonombrarse” y ocupar un lugar en el escenario mundial se buscó abrigo en el mundo latino a través del cual se podían afrontar los embates del imperialismo estadounidense así como concretar la idea defensiva de una aspiración unionista. Una de las mayores inquietudes que aquejaba el pensamiento del escritor peruano era saber que para el resto del mundo América era una sola entidad, un bloque de países sin distinción alguna, es decir, no existía América *Latina*, sino América en su totalidad representada, lógicamente, por Estados Unidos; se creía que las naciones latinoamericanas compartían la misma filosofía de vida que Norteamérica y esto no era nada fácil de asimilar:

Mediante la adopción del concepto ‘latino’ la contraposición entre una América de raigambre española y otra inglesa podía ser inscrita en la dicotomía más amplia y ‘universal’ que enfrentaba a los ‘latinos con los anglosajones’. De tal forma mientras que la idea unionista de Bolívar era continental, la que sustentó la aparición del nombre de América Latina también lo era, pero asumió el áurea de una proyección universal.⁶

⁵ García Calderón, *Las democracias latinas de América*, *op. cit.*, p. 170.

⁶ Mónica Quijada, “Sobre el origen y difusión del nombre de ‘América Latina’”, *op. cit.*, 612-613.

El libro que definió con mayor claridad esta situación fue *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó, un grupo de escritores llamado *arielistas* por el “aeyrie spirit” de Shakespeare, empleado por el escritor uruguayo para simbolizar el carácter latino, encontró la fuente de inspiración en sus ideas. *Ariel* representa todo lo que es espiritual, el dominio de lo estético, la creatividad humana, la imaginación. *Calibán* es lo grotesco y superfluo. Rodó aprovecha esta dualidad para estudiar principalmente el carácter nacional de los latinos y anglosajones. Mencionaba que en todos los pueblos existen ambos espíritus pero las cualidades de *Ariel*, cultivadas en el pasado por las naciones latinas, debían ser retomadas por el Nuevo Mundo. Francisco García Calderón retoma estas ideas plenamente arguyendo que Francia era la heredera del genio de Grecia y de Roma. Al homologarla, los hispanoamericanos asimilaban los elementos esenciales de la cultura antigua. Es en el espíritu francés donde él encuentra refugio a sus ideas. No es extraña esta disposición pues es necesario recordar que en este periodo razonar, dialogar y escribir como un francés, era signo de ser integrante del Mundo Occidental, cuna del progreso universal.

La problemática racial

La creación así como la asimilación del término América Latina estuvieron condicionadas por la visión racial de este momento histórico. Por lo tanto, los países latinoamericanos se circunscribían a la lucha de razas que privilegiaba el pensamiento social en el resto del mundo basado en la teoría de la psicología social.⁷ Este movimiento fue el mapa a seguir por la gran mayoría de los pensadores

⁷ “La *antropología* social, movimiento que empezó en la década de 1880 y alcanzó la primera década del siglo veinte, se ocupaba principalmente de relacionar la evolución social y cultural de los pueblos con su ‘raza’ biológica. El antropólogo social aparentemente daba por sentado que existía una correlación decidida entre agrupaciones físicas y culturas” en Martín Stabb, “El continente enfermo y sus diagnosticadores” en *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1860-1960*, Caracas, Monte Ávila, 1969, p. 24.

latinoamericanos como Alcides Arguedas, José Ingenieros, César Zumeta, Manuel Ugarte, Carlos Octavio Bunge, entre otros, quienes realizaban estudios en torno al problema etnográfico en el continente americano.

Francisco García Calderón aborda este problema a partir de dos criterios importantes: El primero de ellos consiste en desentrañar la herencia española legada por los primeros colonizadores. Para el escritor peruano es primordial partir de esta reflexión porque, desde su punto de vista, los diferentes grupos etnográficos provenientes de España imprimieron su sello particular a las regiones americanas provocando, en algunos casos, cierta estabilidad regional y en otros la ausencia de esta última. Si a lo anterior se añade el carácter del hombre indígena así como el elemento de negritud del esclavo africano, es decir, la diversidad racial, es evidente que tal concepción se complicaba aún más:

Los españoles que llegaron al Nuevo Mundo eran oriundos de diferentes provincias: primera causa de variedad. Al mismo tiempo abandonaron España indolentes andaluces y adustos vascos, circunspectos catalanes y fogosos extremeños. Allí donde los descendientes de los vascos, son más numerosos, como en Chile, la organización política es más estable, menos brillante quizá, pero se afirma una voluntad, la de trabajar y la de superarse. Los castellanos traen a América su arrogancia y su estéril ademán señorial; cuando los andaluces son mayoría, la imaginación y la *dolce non curanza* entorpecen la continuidad y la seriedad de cualquier empresa. Los descendientes de los portugueses son más realistas disciplinados y trabajadores que los descendientes de españoles. Los caracteres del indio varían también: la prole de los quechuas no se parece a la de los charrúas, igualmente el temperamento araucano difiere del azteca.⁸

⁸ Francisco García Calderón, *Las democracias latinas de América*, op. cit., p. 194.

Esta era la situación que acontecía en la sociedad latinoamericana, no había otra explicación posible para enfrentar los problemas que aquejaban al continente que no fuera desde un enfoque racial. Esta línea de estudio se observa con mayor exactitud en *Las democracias latinas de América* donde García Calderón privilegia dicha situación.

En *La creación de un continente* (1913) se encuentra el segundo criterio que formuló: la llamada “nueva raza americana”. Es entonces cuando propone un mestizaje que no estuviera fundamentado solamente entre criollos e inmigrantes europeos —hay que recordar que esta reflexión suponía basar el desarrollo de los territorios americanos a partir de un fenómeno social que estuvo íntimamente relacionado con la condición de *lo latino*: la inmigración europea. El indígena y el africano también tendrían que estar incluidos en la creación de la nueva raza americana:

Si se quisiera designar a las naciones así fundadas con el nombre de las razas progenitoras, debería llamarse la Argentina, la gran democracia *indoiberoangloitaliana*, Chile la república *indoiberofrancosajona*, el Perú pueblo *indoafrisinoibero*, y el Brasil la inmensa nación *afroindofrancobolandogermanolusitana*. Bárbaros nombres que indican la excesiva complicación de los nuevos Estados. Ninguna clasificación europea los comprende. Son originales y autónomos, no sólo por la virtud de las constituciones políticas sino por la profunda acción del territorio y la raza.⁹

⁹ Francisco García Calderón, *La creación de un continente*, *op. cit.*, p. 244.

Al mismo tiempo que afrontaba el problema racial Francisco García Calderón evidenciaba la continuidad de este gran proyecto al abordar el problema de la democracia en América Latina. ¿Qué representaba la democracia para Francisco García Calderón? Él argumentaba que la democracia se establecía en lo que se llamó el “cesarismo democrático”, es decir, la edificación de un gobierno dirigido por un mandatario que proporcionara la igualdad a sus gobernados pero sin perder los elementos de ineludible autoridad que caracterizan a los regímenes totalitarios: “El cesarismo crea siempre hábitos mentales por su sugestión y su poder: el temor religioso, el respeto místico, la idea de estabilidad política y de continuidad hereditaria. El dirige todo, provee todo, concluye todo y debilita así las fuerzas originales de la individualidad”.¹⁰

Esto implicaba la democracia para los pensadores de extracción elitista como Francisco García Calderón: deseaban la igualdad pero sólo para cierto grupo minoritario arguyendo que la dirección del citado gobierno tenía que estar en manos de un jefe supremo, de un *dictador*, esta era la característica esencial del proyecto democrático. Paralelamente a ello, se encontraba la cuestión de la densidad social la cual estaba sumamente relacionada con las ideas igualitarias, esta densidad representaba la afluencia migratoria europea acaecida en los albores del siglo XX. El pensador peruano coincidía con la máxima de Alberdi: “gobernar es poblar” y él agregaba “poblar es democratizar”. Explicaba que la oleada inmigratoria traía consigo no solamente el elemento físico necesario para la creación de la nueva raza americana,

¹⁰ Francisco García Calderón, “La evolución de las ideas y de los hechos en el Perú republicano”, capítulo II de *El Perú contemporáneo*, op. cit., p. 23.

sino que también venía insertado el espíritu latino tan anhelado por el pensador peruano.

Pero había un gran problema que no lograba concretar del todo este propósito democrático expuesto por Francisco García Calderón. Afirmaba que contrario a lo que sucedía en la democracia sajona donde la plutocracia incentivaba la economía nacional, en América Latina ésta última se encontraba al servicio de las instituciones eclesiásticas, los ingresos con los cuales contaban los sectores acaudalados no tenían como prioridad estimular la actividad económica. Menos aún, no contemplaban la creación de universidades y escuelas para fomentar un plan educativo que garantizara el avance de la sociedad latinoamericana.

Es aquí donde la inmigración era vista como la solución al problema planteado: “La democracia depende en el Nuevo Mundo del aluvión inmigratorio (...) El caudillo, el oligarca, perderá su excesiva influencia en densos territorios. El pequeño grupo cerrado que gobierna, se renovará con el concurso de nuevas gentes enriquecidas. Serán más flexibles las jerarquías, efectiva la democracia. El inmigrante, más enérgico que el criollo se adapta a la nueva patria americana”.¹¹

En efecto, a comienzos del siglo XX debido a la falta de población, sobre todo en las regiones sureñas del continente, la política de los gobernantes en turno era fomentar la inmigración europea como un elemento eficaz para poder consolidar sus respectivas naciones. Aparentemente este proceso no tenía ninguna dificultad. Francisco García Calderón, así como algunos de sus contemporáneos, elogiaban esta táctica, concordaban en que los inmigrantes ayudarían a proporcionar un estilo de vida diferente ya que su formación educativa y social era incomparable respecto a la de los

¹¹ *Ibid.*, p. 282.

latinoamericanos. Sin embargo, las consecuencias de dicha estrategia no se hicieron esperar; los europeos también introdujeron las ideas de renovación política y el preludio de la Gran Guerra era la evidencia más firme de que no provenían de países con una estabilidad que pudiera envidiarse. Francisco García Calderón comenzó a poner énfasis a este problema en *Las democracias latinas de América*. Mencionaba que no era conveniente para estos países asimilar la situación de disgregación acaecida en Europa y señalaba que en Europa los conflictos eran de otra índole y no tenían relación alguna con América Latina:

En Europa, estados y razas se hallan en la lucha y el equilibrio inestable no es mantenido sino por medio de alianzas. Las religiones, los sistemas políticos, las tradiciones y las lenguas difieren. La historia no es sino una sucesión de hegemonías turbulentas: de España, de Inglaterra, de Francia, de Alemania. Encontramos en ellas naciones artificiales, como Austria; uniones de pueblos democráticos y teocráticos, como la alianza franco-rusa; rivalidades de imperios de la misma raza, como Inglaterra y Alemania; acercamientos políticos de razas extranjeras, como Alemania e Italia; dispersión de pueblos que buscan dolorosamente su unidad perdida, como los polacos, los irlandeses, los eslavos. La federación de Europa es una utopía.¹²

Anteponía a esta afirmación el hecho indiscutible de que en América Latina se compartía la lengua, la raza, la religión y el idioma. Las diferencias geográficas podían marcar la gran diferencia entre unas naciones y otras pero nada que no pudiera tener una solución sin conflictos. Afirmaba que en América Latina el problema político era relativamente sencillo y no debiera tornarse tan complicado como en el Viejo Continente.

¹² García Calderón, *Las democracias latinas de América*, op. cit., p. 187.

Las democracias latinas de América es un libro que muestra la génesis de la confusión entre lo que representaba el americanismo y el nacionalismo para Francisco García Calderón así como para la mayor parte de los pensadores de principios del siglo XX. El autor parte de una apreciación sumamente interesante:

La independencia, la soberanía nacional, la idea de la patria, las funciones de las asambleas llegaron a América en estos documentos de la metrópoli [Cortés de Cádiz] Por otra parte, las luchas contra los corsarios, contra las invasiones inglesas en Buenos Aires, y holandesas en el Brasil, la influencia del territorio crearon en América el sentimiento nacional. Ideas francesas, sajonas y españolas fecundaron esta vaga aspiración. Y antes de imponerse en las universidades y en las asambleas, mostraron a la oligarquía criolla, en los periódicos y en las reuniones del cabildo, su ambición de independencia.¹³

Después de las guerras de Independencia se buscó consolidar a la nación. Vinieron las luchas por el poder en manos de los militares, decae la función de estos últimos y surge el periodo civilista. El caudillaje pasó sus armas por las regiones americanas. Al final de cuentas la nación no podía ni siquiera gestarse al no tener una estructura capaz de regular el funcionamiento de la misma. Así lo reconoce el escritor peruano en el caso europeo y, lógicamente, deseaba lo mismo para América Latina: “El Estado es el tutor necesario, especie de providencia social de donde provienen la riqueza, la fuerza y el progreso. Debilitar esta influencia sería fomentar el desorden interno. En América, sólo han sido útiles las constituciones que han reforzado el poder central contra la anarquía perpetua”.¹⁴

¹³ *Ibid.*, p. 40.

¹⁴ *Ibid.*, p. 206.

Francisco García Calderón argumentaba que las constituciones de América igualaron a las de Francia y Estados Unidos; de la primera se encontraban las disposiciones democráticas y de la segunda el federalismo. De tal forma que los órganos regulatorios de las naciones americanas resultaban para él “cartas híbridas” que solamente conseguían, en algunos momentos, aplacar los prolongados periodos de alienación social. Pero lo que realmente se necesitaba eran, desde su punto de vista, gobiernos firmes capaces no sólo de imprimir máxima autoridad a estas regiones, sino que también pudieran introducir una conciencia política y social de autenticidad aunada a una sólida estructura económica:

El progreso material es obra de la autocracia: testigo de ello las dictaduras de Rosas, Guzmán Blanco, Portales, Porfirio Díaz. Los grandes caudillos abandonaban toda abstracción: su mente realista los llevaba a estimular el comercio, la industria, la inmigración, la agricultura. Al imponer una paz duradera, favorecían el desarrollo de las fuerzas económicas. En el orden político y económico, los dictadores profesaron el americanismo.¹⁵

Esta era la propuesta de Francisco García Calderón para remediar la inestabilidad política, económica y social de América Latina. De hecho, gran parte del contenido de *Las democracias latinas de América* está dedicado a una revisión histórica del continente y muestra cómo este proceso devino en los gobiernos dictatoriales a los que consideraba depositarios del espíritu nacional y de los cuales fue fiel partidario: “Los tiranos fundaron las democracias: contra la oligarquías tenían, generalmente el apoyo del pueblo, de los mestizos y de los negros, dominaban a la nobleza colonial, favorecieron la mezcla de razas y libertaron a los esclavos”.¹⁶

¹⁵ *Ibid.*, p. 42

¹⁶ *Ibid.*

Francisco García Calderón no obtuvo buenos comentarios a su favor al considerar a los gobiernos dictatoriales como emisarios del americanismo y depositarios del progreso en América Latina:

Sobre un punto esencial no podemos estar de acuerdo con Francisco García Calderón: él afirma que los dictadores profesan el americanismo. Y la verdad es que, ni en el periodo a que él se refiere, ni en el momento actual –uno de los menos democráticos de la historia de América– ha habido peores enemigos del ideal americano que los tiranuelos de todos los países. Más bien el gesto contrario –el de un Juárez, por ejemplo– hace excepción rarísima. La busca de apoyos extraños, aún con mengua de la dignidad nacional, para imponerse a las poblaciones descontentas, ha sido la regla.¹⁷

Es innegable que las medidas autoritarias emitidas por estas administraciones beneficiaron, en gran medida, el desarrollo de las naciones latinoamericanas. Pero es necesario señalar que se ignoraron las garantías individuales; toda dictadura es enemiga de las libertades y trata de mitificar al dictador el cual muestra una tendencia a perpetuarse en el poder:

Líderes como Cáceres en Perú, Juárez y Díaz en México, eran sin duda, patriotas; habían luchado para defender la soberanía nacional (...) tenían ganas de forjar no solamente una patria libre y soberana, sino también un Estado fuerte, estable y centralizado; lo cual implicaba aplanar el particularismo local, someter a los caudillos y caciques locales y convertir a los campesinos en mexicanos, ya sea por medio de clases en escuelas o de carabinas del ejército. Además, la lógica del capitalismo periférico obligaba al régimen a traer la

¹⁷ Benjamín Carrión, *Los creadores de la nueva América*, Madrid: Sociedad General Española de Librerías, 1928, pp. 153-154.

inversión extranjera, privatizar la tierra, y establecer lo que Wolf y Hansen denominan ‘una dictadura del orden y el progreso’ bajo lemas positivos.¹⁸

Como se mencionó en el capítulo anterior, el americanismo y el nacionalismo fueron políticas integracionistas que se aplicaron en América Latina pero sin saber verdaderamente las diferencias existentes entre ambas. Francisco García Calderón no fue la excepción. En *Las democracias latinas* de América el escritor peruano aborda este problema pero de una forma un tanto general, donde las interrogantes van surgiendo conforme a la investigación histórica de cada país: “La autocracia niveló clases y razas (...) Profesaban estos dictadores, un americanismo estricto que los llevó a expulsar a los extranjeros y a desear que la república se bastase a sí misma. Su ideal es esencialmente español: democracias gobernadas por un César”.¹⁹

Considero que Francisco Calderón afirmaba que los gobiernos dictatoriales profesaban el americanismo porque deseaba fervientemente encontrar la clave para establecer el llamado nacionalismo continental. Sin embargo, este planteamiento estaba inmerso en un equívoco propio de la época. Es en este punto donde se desencadena la confusión entre el nacionalismo y el americanismo latinoamericanos.

Las dictaduras tenían acérrimos tintes nacionalistas pero para García Calderón eso significaba el americanismo. Es decir, tenía una postura imprecisa con el nacionalismo pues lo desconocía si éste implicaba una política de segmentación para América Latina, y lo aceptaba cuando representaba el rechazo contra el enemigo extranjero, aquel que pugnaba por desmembrar el espíritu continental. Esta postura se

¹⁸ Alan Knight, “Pueblo, política y nación” en Víctor Manuel Uribe y Luis Javier Ortíz (eds), *Naciones, gentes y territorios. Ensayos de historia e historiografía comparada de América Latina y el Caribe*, Medellín: Universidad de Antioquía, 2000, p. 399.

¹⁹ Francisco García Calderón, *Las democracias latinas de América*, op. cit., p. 101.

evidencia con mayor claridad en *La creación de un continente* donde dedica dos capítulos al americanismo y uno más al nacionalismo.

En este libro se encuentra un estudio conciso, pero no por ello menos importante, de las nociones mencionadas anteriormente: “Al americanismo que unifica las patrias y olvida las querellas se oponen los intereses nacionales. Existe en muchas repúblicas un principio hostil a la fusión o a la alianza con las vecinas democracias. Grandes y pequeños Estados defienden orgullosamente su autonomía”.²⁰

García Calderón se cuestionaba en sus dos grandes obras sobre la conciencia nacional. En *Las democracias latinas de América* apuntaba si era posible conseguir esta última pese a las grandes diferencias de castas y si las democracias latinoamericanas estaban preparadas para recibir la invasión de razas superiores; en *La creación de un continente* sigue la misma línea y agrega la resistencia que demostraban los latinoamericanos al no conseguir una originalidad nacional debido a la inclusión extranjera. Por lo tanto, el nacionalismo era visto por él como una reacción al elemento inmigrante:

Una nueva dirección intelectual, más firme que el americanismo, se impone a la nueva juventud. Es la reacción del espíritu nacional contra la excesiva influencia extranjera. Se funda este nacionalismo en el estudio de la historia, en el respeto a las tradiciones (...) Coincide con la intensidad del espíritu nacional la abundancia de las obras de historia.²¹

²⁰ García Calderón, *La creación de un continente*, op. cit., p. 261.

²¹ *Ibid.*, p. 262.

Lograr crear una conciencia nacional no implicaba una labor sencilla, sobre todo cuando se le adicionó la noción “continental”. Era primordial implantar este concepto en la población latinoamericana porque cuando ésta adquiriera el conocimiento de pertenecer a una comunidad diferenciada con un pasado en común y con una tendencia a seguir realizando su futuro de manera solidaria y libre, surgiría la conciencia nacional. Aquí, las historias patrias tuvieron un papel preponderante: “Tan amplio desarrollo de la historia corresponde, pues, a una reacción nacionalista”.²²

Ahora bien, García Calderón decía que debía tenerse cuidado en no caer en el “nacionalismo exacerbado”, el cual engendraba rechazo contra aquellos extranjeros que incentivaban el mercado regional. Entonces proponía un “nacionalismo vigilante” que ayudaría a impedir la formación de comunidades extranjeras cerradas a toda interacción con la población americana, tenía que fomentarse el mestizaje bajo cualquier circunstancia. Por lo tanto:

(...) la propaganda nacionalista corresponde, dentro de los límites de las diversas patrias, a la corriente de firme americanismo. De estos movimientos concordes surgirá un Continente armonioso. El verdadero regionalismo no destruye la unidad de la patria, y el nacionalismo eficaz contribuye a la solidaridad americana. Una feliz compensación concede a los pequeños Estados del Continente un intenso sentimiento nacional de que todavía carecen las vastas naciones turbadas por el aluvión inmigratorio”.²³

A partir de estas reflexiones Francisco García Calderón propone su particular visión nacionalista continental. Después del movimiento independentista el sector criollo se opuso al proyecto bolivariano de crear una federación de naciones. De tal

²² *Ibid.*, p. 263.

²³ *Ibid.*, p. 267.

forma que desintegraron entidades que consideraban supranacionales como la Gran Colombia, el antiguo virreinato de la Plata, el Alto y el Bajo Perú, entre otros. García Calderón retoma estos mecanismos de afinidades comunes: “Sólo por la agrupación federativa podrá ser resuelto el problema de la preservación de la autonomía de repúblicas tan diferentes entre sí por la extensión y situación de sus territorios (...) Agrupándose en torno de pueblos más avanzados, las naciones secundarias podrán conservar su autonomía amenazada”.²⁴

*Propuesta nacionalista continental
de Francisco García Calderón*

El pensador peruano proponía la conformación de siete bloques estratégicos a los que nombró como “siete naciones poderosas” en oposición a veinte repúblicas sumidas en el desconcierto político. El orden de estos países se clasificaría de acuerdo a sus semejanzas y serían las siguientes: geográficas, históricas, políticas, económicas y sociales; México representaría una sola confederación y las pequeñas cinco repúblicas centrales formarían el bloque de *América Central*; la *Confederación de las Antillas* se integraría por las islas del Caribe; la *Confederación de la Gran Colombia* se restablecería con la Nueva Granada, Ecuador y Venezuela; la *Confederación del Pacífico* integrada por Perú, Chile y Bolivia y, finalmente, la *Confederación de la Plata* constituida por Argentina, Paraguay y Uruguay.

Considero que la lógica aplicada por García Calderón en su hipótesis unionista se basaba, principalmente, en términos geopolíticos. Estas Confederaciones tendrían un papel proteccionista para América Latina cuando pudieran existir intromisiones imperialistas, o bien, existiría una retroalimentación en sus necesidades económicas que incentivarían los mercados internos ávidamente por la similitud regional. Para

²⁴ García Calderón, *Las democracias latinas de América*, op. cit., p. 188.

Francisco García Calderón había países naturalmente “superiores” en cada una de las confederaciones propuestas, existían pueblos más pequeños que otros pero éstos tendrían la oportunidad de crecer si se encontraban al cobijo de una nación poderosa.

Ejemplo de lo anterior se denota cuando sugiere que en la Confederación del Pacífico, integrada por Perú Bolivia y Chile, éste último pretendería imponerse ante las dos primeras naciones por haber sido vencedor en la Guerra del Pacífico tomando con ello una tradición de fuerza y superioridad. Caso diferente sucede en la Confederación de la Plata: “(...) la futura federación no sería el resultado de la férrea hegemonía de un pueblo sobre los demás, sino la cooperación de Repúblicas con igualdad de derechos, que habrán entendido por fin que su aislamiento sólo trae miserias”.²⁵

Francisco García Calderón tenía como propósito dar a conocer al mundo América Latina y qué mejor que la ciudad cosmopolita de París para llevar a cabo dicho cometido. No era un trabajo sencillo pero sin duda alguna *Las democracias latinas de América* y *La creación de un continente* cumplieron su tarea, en el mismo caso se encontraba *La Revista de América*. En el mundo intelectual europeo los dos textos fueron acogidos con gran éxito.

Probablemente crear un continente formado por siete bloques regionales era un desafío complicado de realizar. Sin embargo, la importancia en la obra de Francisco García Calderón radica en que se cuestionó sobre el problema de la unidad nacional, mejor dicho, la unidad continental. Sin duda alguna, el escritor peruano era partidario del americanismo, no denegaba la importancia del nacionalismo siempre y cuando no se convirtiera en una doctrina radical.

²⁵ Francisco García Calderón, *Las democracias latinas de América*, op. cit., p. 189.

Francisco García Calderón no deja pasar de **largo** ningún tema de gran interés sobre América Latina: literatura, sociedad, religión, **filosofía** y cultura. Son las grandes cuestiones que se encuentran en *Las democracias latinas de América* y *La creación de un continente*.

CONCLUSIONES

En estas páginas se observó el papel destacado que Francisco García Calderón tuvo como miembro de una etapa generacional de gran relevancia en el devenir histórico de América Latina. En el primer capítulo de esta investigación se dieron a conocer las diversas circunstancias que dieron forma a su particular visión de lo que implicaba el progreso y la democracia de principios del siglo XX. La primera de ellas fue su descendencia aristocrática. Proveniente de una familia civilista y de raigambre elitista Francisco García Calderón recibió una educación afrancesada propia de la época. Las dos corrientes de pensamiento que lo influenciaron fuertemente fueron el positivismo y el idealismo. En ese momento llegó la delicada decisión de partir hacia Europa. Su vida intelectual se enriqueció profundamente al forjar valiosas amistades con importantes intelectuales europeos como Benedetto Croce y Gustave Le Bon. Surgen así sus grandes obras *Las democracias latinas de América* y *La creación de un continente*. Asimismo aparece *La Revista de América*.

El hecho de que la primera edición de *El Perú Contemporáneo* y sus dos libros más destacados se hayan publicado en francés hicieron del escritor peruano objeto de varias críticas. No se podía concebir que alguien formulara fecundos estudios sobre la historia latinoamericana viviendo en una realidad diametralmente distinta. Al respecto Francisco García Calderón señaló que, precisamente, había aprovechado la vía de un idioma diferente para dar a conocer América Latina a Europa. Posiblemente esta argumentación no satisfizo del todo a coterráneos suyos de gran renombre como José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre. Pero el entorno intelectual y cultural de ambos escritores fue diferente al vivido por García Calderón. En el

período en el cual se gestaron sus escritos –principalmente *El Perú Contemporáneo*– pensar y escribir como un francés era característico de su tiempo y, probablemente, debido a esta explicación no había premura por traducir sus escritos al castellano.

Todo lo contrario sucedió con *La Revista de América*. Esta publicación realmente trascendió fronteras. El mundo intelectual europeo pudo conocer escritos de grandes pensadores latinoamericanos. Estos últimos pudieron reconocerse entre sí porque el hecho de pertenecer a un mismo continente no implicaba que hubiera un conocimiento profundo entre ellos.

Es necesario puntualizar que hasta hace poco tiempo el estudio de las revistas culturales en América Latina ha tomado una relevancia importante. Están consideradas como eje de estudio para una interpretación histórica y social de estas regiones. Si bien es cierto que *La Revista de América* fue un órgano cultural de gran trascendencia no pueden dejarse de lado otras publicaciones de igual valor y cuya aparición se remite a diferentes épocas: *El Tiempo*, *Repertorio Americano*, *En Marcha*, *Sur*, *Casa de las Américas*, *Archipiélago*, *Revista de Indias*, *Amauta*, *Revista de la Universidad de los Andes*, *Futuro*, *Amerística*, *Revista de Occidente*, por nombrar algunas.

Algunos otros ensayos de Francisco García Calderón fueron retomados aquí para demostrar que su pensamiento crítico no se limitaba solamente a problemas puramente peruanos o propios de América Latina. De igual forma podía emitir juicios sobre acontecimientos políticos, sociales, religiosos, filosóficos y éticos del Viejo Continente. La premisa del escritor peruano siempre fue retomar lo mejor de las corrientes del pensamiento que prevalecían en aquel tiempo. Prueba de ello fue su posición ante el Panamericanismo. En un principio, como ya se mencionó anteriormente, criticó fuertemente esta política por considerarla una clara intromisión

de Estados Unidos en América Latina. Sin embargo, cuando el mundo se encontraba inmerso en los efectos devastadores de la Primera Guerra Mundial, fue condescendiente con el panamericanismo que enarbolaba el entonces presidente norteamericano Woodrow Wilson. Abogó por las propuestas de paz emitidas por este gobierno, pero sin olvidar el papel hegemónico que Estados Unidos quería imponer al resto de las naciones.

Creo que es de suma importancia esta valoración que Francisco García Calderón hace sobre el Panamericanismo. Es habitual que en las historias generales de América Latina no se mencione el papel tan importante que dichas conferencias tuvieron como antecedentes en los procesos de integración en el continente americano. Es necesario indagar sobre las mismas porque no sólo contienen preceptos sobre el derecho internacional, sino que incluyen cuestiones de gran relevancia como salud pública, comercio, asuntos fiscales y financieros, transporte, derechos humanos, así como la creación de políticas de patrimonio cultural y defensa de derechos indígenas.

En el segundo capítulo se estableció con mayor énfasis el estudio sobre el americanismo y el nacionalismo en América Latina. Se realizó una breve investigación de ambas categorías para después mostrar la complejidad de su recepción en estos países. Cuando García Calderón emprendió esta tarea tenía como hilos conductores estas dos problemáticas sociales indiscutiblemente fundamentales en el continente americano. A pesar de que decidió vivir en Europa la mayor parte de su vida, eso no le impidió tener una visión telescópica de estos procesos que modificaron abruptamente el devenir histórico de estos países. Teniendo como telón de fondo el conflicto europeo que derivaría en la Primera Guerra Mundial, el escritor peruano temió por una disgregación tan peligrosa para América Latina como la que estaba a

punto de surgir en territorios europeos. Es aquí donde el americanismo, según su percepción, tenía que ser la estructura principal y el nacionalismo revestiría y daría forma a esta última para crear una política latinoamericana acorde con la situación histórica prevaleciente en ese momento.

Es necesario precisar que el nacionalismo de principios del siglo XX era diametralmente distinto a lo que hoy conocemos. En ese entonces representaba una vía de cohesión y solidaridad para los nacientes países de América Latina. Hoy, el nacionalismo es visto como un sistema político reaccionario y ofensivo.

En el tercer capítulo se profundizó sobre sus dos libros más destacados. Para comprender la concepción de los mismos es necesario retomar la confusión política en la cual se encontraba el Perú de principios de siglo. La generación del 900 proponía el establecimiento de un régimen democrático asentado en la legitimidad de una élite dirigente y en la promoción de reformas que modificaran el Estado semi-feudal imperante entonces. Para García Calderón, estas reformas debían provenir de las altas esferas. Es decir, la clase política sólo podría ser la clase ilustrada la cual mantenía contacto con la cultura universal. De esta forma, delegaba la conducción del Estado a las clases privilegiadas del Perú. En su esquema de gobierno, el Estado fuerte debía estar presidido por un caudillo, el cual llevaría a efecto un plan de reformas que gradualmente desembocaría en la democracia.

Tanto para Francisco García Calderón como para los miembros de su generación la democracia no era concebida como una forma de gobierno donde la gente, a través de su voto, eligiera a sus gobernantes. Para ellos, democracia era la interpretación de las necesidades canalizadas y atendidas por las élites gobernantes.

Estos planteamientos conforman la hipótesis de *Las democracias latinas de América y La creación de un continente*.

Considero que esta es la razón principal por la cual el pensamiento de este personaje no ha tenido una recepción del todo positiva, sobretodo en el ámbito peruano. Creyó más en la figura de un hombre autoritario y concibió a la democracia en otros términos muy diferentes. De ahí su apoyo a las dictaduras de Porfirio Díaz en México y Rosas en Argentina.

Dentro de estas características su admiración por Simón Bolívar y su gobierno era lógica. Dictadura pero con un gobierno vitalicio y un Estado que no descuida su relación con la sociedad. Las magníficas empresas de unión continental guiadas por hombres ilustres como Simón Bolívar o José de San Martín abrieron camino para que nuevas generaciones replantearan otras vías capaces de unir las puntas de un mismo lazo: la unificación de América Latina. Francisco García Calderón retomó esa senda al proponer la creación de siete bloques regionales que dieran coherencia a los países latinoamericanos, es decir, la creación de un nuevo continente. Simón Bolívar acuñó esta idea al plantear una federación de naciones, el pensador peruano optó por crear siete naciones poderosas. Ambas teorías no son tan erradas como pudiera pensarse ha pesar de haber sido elaboradas con una diferencia de tiempo bastante considerable entre ambas.

Pienso que la revaloración del nacionalismo continental es muy importante y de él se pueden rescatarse ciertos rasgos que no deben menospreciarse. Uno de ellos, y según mi particular punto de vista, es aquel donde debe ser prioridad difundir el mutuo conocimiento entre los países de América Latina. Esto comienza desde el ámbito educativo. Si bien es cierto que en el ámbito universitario la difusión o

profesionalización de materias sobre América Latina es ya una línea de estudio sin precedentes creo que el vacío aun es muy grande. Es necesario concientizar a las nuevas generaciones acerca del continente al que pertenecen, más allá de las propias historias nacionales.

Mi proyecto de investigación puede ser un punto de partida para futuros estudios concernientes a la figura de Francisco García Calderón. Si bien es cierto que el título de esta Tesis plantea un trabajo más exhaustivo sobre el tema, creo que he logrado esclarecer los puntos esenciales de la teoría del escritor peruano sobre el nacionalismo continental.

La gran mayoría de las fuentes que consulté en torno a su obra hacían sólo una mención puramente textual de sus escritos y éstos eran utilizados sólo como referencia para determinados pasajes en la historia del Perú y, en muy pocos casos, de América Latina. No existe un estudio que recurra a elementos tan fundamentales como los términos de patria, nación y americanismo que son la clave para abordar los libros de *Las democracias latinas de América* y *La creación de un continente*. Asimismo, a través de mi proceso de investigación, me percaté que estas últimas tres categorías son esenciales para poder comprender el proceso del nacionalismo en América Latina y no sólo desde el punto de vista político y social, sino como pautas que abren caminos para la comprensión del entorno cultural que subyace en estos países.

Uno de los logros más importantes del presente trabajo es haber encontrado en el transcurso de mi investigación a *La Revista de América*. Concebida por Francisco García Calderón como un órgano cultural de enlace entre los países de América Latina, esta publicación contiene un cúmulo de artículos que muestran la riqueza intelectual de América Latina y de algunos países de Europa, acaecida en las primeras

décadas del siglo XX. *La Revista de América* representa una obra literaria invaluable en su género, sobretodo porque no existen ensayos ni escritos que hagan un estudio exhaustivo de la misma.

Por lo descrito anteriormente, considero que la importancia de mi Tesis radica en el hecho de que abordé temas de estudio poco recurrentes. Por lo tanto, mi trabajo ofrece líneas de investigación que pueden tomarse desde diversas directrices y, de esta forma, contribuye al enriquecimiento del panorama histórico en América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

Libros y folletos publicados por Francisco García Calderón

De Litteris, prólogo de José Enrique Rodó, Lima: Librería e Imprenta Gil, 1904.

En torno al Perú y América, prólogo de Jorge Basadre, Lima: Juan Mejía Baca, 1954.

Europa inquieta, Madrid: Mundo Latino, 1926.

Hombres e ideas de nuestro tiempo, prólogo de Emile Boutroux, Valencia: Sempere y Cía., 1907.

Ideologías, París: Garnier Hnos., 1917.

José de la Riva Agüero, Recuerdos, Lima, Santa María, 1949.

La creación de un continente, prólogo de Luis Alberto Sánchez y cronología de Ángel Rama y Marlene Polo, Trad. de Ana María Delaitre de Julliard, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979 (Col. *Biblioteca Ayacucho* 44).

Las democracias latinas de América, prólogo de Luis Alberto Sánchez y cronología de Ángel Rama, Trad. de Ana María Delaitre de Julliard, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979 (Col. *Biblioteca Ayacucho* 44).

La herencia de Lenin y otros artículos, París: Garnier Hnos., 1929.

Le Perou contemporaine, Etude sociale, París: Dujarrig et Cie., 1907.

Profesores del idealismo, París: Paul Ollendorf, 1909.

Revistas

Bazán, Armando Raúl, “Americanismo y nacionalismo en la emancipación sudamericana”, en *Revista de Historia de América*, núm. 112 (1991), pp. 5-19.

Bunge, Julia y Delfina, *El arca de Noé*, Libro de Lectura, Segundo y Tercer grado, vol. 2. Dibujos y acuarelas de G. Santos, Buenos Aires, 1912, sección “Libros Recibidos”, en *La Revista de América*, vol I, núm. XI (1913), p. 37.

Delaney, H. Jean, “Imagining El Ser Argentino: cultural nationalism and romantic concepts of nationhood in early twentieth-century argentina” en *Journal Latin American Studies*, vol. 34 (2002), pp. 625-658.

Fernández Cabrelli, Alfonso, “Francisco García Calderón: vigencia de su propuesta integradora”, en *Hoy es historia*, vol. 7, núm. 40 (1990), pp. 37-52.

García Calderón, Francisco, “El panamericanismo. Su pasado y su porvenir”, en *La Revue Hispanique*, tomo XXXVII, num. 91 (1916), pp. 1-68.

_____, “Las corrientes filosóficas en América Latina”, en *Revista Moderna de México*, núm. 3 (1908), p. 151-157.

_____, “Notas”, en *La Revista de América*, vol. I, núm. 10 (1913), p. 335.

Ingenieros, José, “Nacionalismo e Indianismo”, en *La Revista de América*, vol. II, núm. 14 (1913), pp. 185-194.

López-Ocón Cabrera, Leoncio, “La idea de la nacionalidad continental en el pensamiento político del peruano Francisco García Calderón”, en *Revista de Indias*, vol. 46, núm. 178 (1986), pp. 643-649.

Phelan, John L., "El origen de la idea de América" en *Latinoamérica. Cuadernos de cultura latinoamericana* 31, Trad. de Josefina Z. Vázquez, UNAM, 1979, pp. 3-21.

Quijada, Mónica, "En torno al pensamiento racial en Hispanoamérica: una reflexión bibliográfica", en *Estudios interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 3, núm. 1 (1992), p. 108-129.

_____, "Latinos y anglosajones. El 98 en el fin de siglo sudamericano" en *Hispania*, vol. LVII, núm. 196 (1997), pp. 589-620.

_____, "Sobre el origen y difusión del nombre 'América Latina' (o una variación heterodoxa en torno al tema de la construcción social de la verdad)", en *Revista de Indias*, vol. LVII, núm. 214 (1998), pp. 595-616.

Sosa Álvarez, Ignacio, "Nacionalismo y populismo, dos interpretaciones distintas de una experiencia única", en *Política y Cultura*, núm. II, (1998-1999), p. 7-28.

Tejada Ripalda, Luis, "El americanismo: consideraciones sobre el nacionalismo continental", en *Cuadernos Americanos*, núm. 82 (2000), pp. 180-216.

Vargas Llosa, Mario, "Extemporáneos: Europa y los nacionalismos", en *Letras Libres*, núm. 32 (2003), 36-45.

Libros

Annino, Antonio, *et. al.*, *De los imperios a las naciones: Iberoamérica*, Zaragoza: Iber-Caja, 1994.

Basadre, Jorge, "Realce e infortunio de Francisco García Calderón", prólogo a *En torno al Perú y América*, Lima: Juan Mejía Baca, 1954.

Bethell, Leslie (ed.), *Historia de América Latina: cultura y sociedad: 1830-1930*, Tomo 8, Barcelona: Crítica, 1991.

Carrión, Benjamín, *Los creadores de la nueva América: José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Francisco García Calderón, Alcides Arguedas*, Madrid: Sociedad General Española de Librerías, 1928.

Freeman Smith, Robert, "América Latina, los Estados Unidos y las potencias europeas, 1830-1930 en Leslie Bethell, *Historia de América Latina: economía y sociedad, 1870-1930*, Tomo 7, Barcelona: Crítica, 1991, pp. 73-105.

García Calderón, Ventura, *Nosotros*, París: Garnier Hnos., 1946.

García Godoy, Federico, *Americanismo literario: José Martí, José Enrique Rodó, Francisco García Calderón, Rufino Blanco Fombona*, Madrid: América, s/f.

Gonzales, Osmar, *Sanchos fracasados: los arielistas y el pensamiento político peruano*, Lima: PREAL, 1996.

Hobsbawn, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica, 2000.

_____, *Naciones y nacionalismos desde 1870*, Barcelona: Crítica, Trad. de Jordi Beltrán, 1997.

König, Hans J., *En el camino a la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada de 1750 a 1806*, Trad. de Dagmar Kusche y Juan José de Narváez, Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1994.

Link, Arthur S., *La política de Estados Unidos en América Latina (1913-1916)*, México: FCE, 1960.

Litvak, Lily, *Latinos y anglosajones: orígenes de una polémica*, Barcelona: Puvill Editor, 1980 (Col. *Ensayos* 4).

Marichal, Carlos (coord.), *México y las Conferencias Panamericanas 1889-1938. Antecedentes de la globalización*, México, SRE, 2002.

Martí, José, *Nuestra América*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1997.

Peasce, Franklin, *Breve historia contemporánea del Perú*, México: FCE, 1999 (Col. *Popular* 517).

Planas, Pedro, *El novecientos: balance y recuperación*, Lima: Centro de Investigación y Tecnología para el Desarrollo de las Ciencias Sociales, 1994.

Romero, José Luis, *La crisis del mundo burgués*, prólogo de Tulio Halperin Donghi, Buenos Aires: FCE, 1997 (Col. *Tierra Firme*).

Rojas, Ricardo, *Blasón de plata: meditaciones y evocaciones de Ricardo Rojas sobre el abolengo de los argentinos*, Buenos Aires: Librero, 1912.

Salazar Bondy, Francisco, *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo*, Lima: Francisco Moncloa, 1965.

Sosa Álvarez, Ignacio, *Conciencia y proyecto nacional en Chile*, México: UNAM, 1981 (Col. *Sumario*).

_____, et. al., *El nacionalismo en América Latina*, México: UNAM, 1984 (Col. *Nuestra América* 9).

Stabb, Martín S., *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano 1890-1960*, Caracas, Trad. de Mario Giacchino: Monte Ávila, 1969.

Torres, Carlos Arturo, *Idolos del Foro. Ensayo sobre las supersticiones políticas*, apreciación introductoria de Francisco García Calderón, Madrid: América, 1917.

Uribe, Manuel y Ortiz, Luis Javier (eds.), *Naciones, gentes y territorios. Ensayos de historia e historiografía comparada de América Latina y el Caribe*, Medellín: Universidad de Antioquía, 2000.